

ELÍAS NEUMAN

**EL PATRÓN
RADIOGRAFÍA DE UN CRIMEN**

El patrón. Radiografía de un crimen

Publicado por el Instituto Nacional de Ciencias Penales
Magisterio Nacional núm. 113, Col. Tlalpan
C. P. 14000, México, D. F.

SBN: 970-768-029-6

Edición y distribución a cargo del Instituto Nacional de Ciencias Penales

D.R. © 2006 INACIPE

Prohibida, por cualquier medio, la reproducción parcial o total de cualquier capítulo
de información publicados, sin previa autorización expresa del Instituto Nacional de
Ciencias Penales, titular de todos los derechos.

Impreso y hecho en México
Made and printed in Mexico

www.inacipe.gob.mx
Correo electrónico (e-mail): publicaciones@inacipe.gob.mx



**INSTITUTO NACIONAL DE CIENCIAS PENALES
MÉXICO, 2006**

DIRECTORIO

Daniel F. Cabeza de Vaca

*Procurador General de la República y Presidente
de la H. Junta de Gobierno del INACIPE*

Javier Laynez Potisek

*Subprocurador Jurídico y de Asuntos Internacionales de la PGR
y Secretario Técnico de la H. Junta de Gobierno del INACIPE*

Gerardo Laveaga

Director General del INACIPE

Álvaro Vizcaíno Zamora

Secretario General Académico

Rafael Ruiz Mena

*Secretario General de Profesionalización
y Extensión*

Karmen Thereza Silva Fajardo

Directora de Publicaciones

CONTENIDO

Presentación	VII
Aclaración previa	1
I	7
II	47
Epílogo	83

PRESENTACIÓN

Por debajo de los prejuicios políticos que parecen determinar la vida de los pueblos, fluye la vida cotidiana. Tal es el caso de los sucesos descritos en *El patrón. Radiografía de un crimen*. Un hecho delictivo que tardó en incubarse un poco más de 18 años, entre 1967 y 1985, en la ciudad de Buenos Aires, Argentina.

El texto de Elías Neuman, un nuevo género testimonial, más allá de la nota roja y del reportaje de fondo, da cuenta de esa génesis homicida. Para ello, el autor transcribe, a texto, las ocho horas de confesión que Víctor Saldívar, un tablajero oriundo de Santiago del Estero, le brindó al abogado, en las cuales detalla los hechos que desembocan en el asesinato de su patrón.

Elías Neuman, conocido entre los lectores hispanoparlantes de las Ciencias Penales, es un hombre de conocimiento que se mueve con mucha naturalidad entre los diferentes campos de estas ciencias, y en esta ocasión nos entrega otro texto propio con la pulcritud científica a la que nos tiene acostumbrados.

Desde la primera línea del relato de Víctor Saldívar, comienzan a tomar forma una serie de dicotomías y paradojas que, en los albores del siglo XXI y en pleno proceso globalizador, parecían olvidadas y, por lo mismo, estaban únicamente registradas en la memoria literaria. El relato, transcrito por Neuman, revela ecos vivos de poesía gauchesca; destila, por todos lados, un vibrante martínfierrismo; y en varias secciones del mismo, pareciera verse una actitud de venganza y defensa asumida por un malevo porteño.

ELÍAS NEUMAN

EL PATRÓN

Radiografía de un crimen

EMECÉ EDITORES

Aclaraciones previas

Dentro de los duros límites de una justicia inquisitorial, arcaica, que sólo parece satisfacerse con la fiel distribución de penas (para cierto tipo de delincuentes) emerge, de pronto, como por amor a la gracia, alguien que ve más allá. Alguien que, cuando se enfrenta a la carga social de sus ocupaciones y sus preocupaciones, privilegia estas últimas. Afortunadamente aún hay jueces y funcionarios, en el Palacio de los Tribunales de la Capital Federal, capaces de comprender que en las causas penales se juzgan seres humanos y no meros expedientes, y que es más importante la abrumadora marginación social (por la destrucción que encierra) que las categorías legales que la tatúan.

Una joven secretaria de la Justicia de Instrucción (a la que no podría nombrar sin causarle el murmullo, las redes del descrédito en la insidia tribunalicía) llamó cierto día a mi estudio jurídico y, ante su pedido, nos entrevistamos. Detrás de sus palabras advertí que ella había madurado mucho las razones de su visita, los verbos que retratan ciertos aspectos de la sociedad que ésta aparentemente descono-

ce y que, sin embargo, ocurren. Tuve también la sensación de que se sentía como quien transgrede una norma sobreentendida que nadie jamás enuncia.

Un hombre llamado Víctor Saldívar había salido de la cárcel en libertad provisional, pero una abrumadora oscuridad se cernía sobre su futuro: el riesgo cierto de su reingreso al encierro a través de una medida revocatoria de esa liberación. La joven me pidió que lo recibiera, que hablara con él y agregé que dejaba librado a mi criterio la posibilidad de que yo decidiera defenderlo. "Perdone, por favor, mi atrevimiento. Yo a usted no lo he tratado mucho, pero me consta por comentarios que es usted de aquellas personas que podrían hacerlo", me dijo.

Mientras me narraba el crimen muy sintéticamente la joven se detenía para subrayar ciertos detalles cuya sordidez la desgarraba. Su lenguaje abandonaba entonces el tono expurgado, distante y abstracto de la frialdad legal. El apasionamiento de sus palabras la llevaba a tomar partido en el caso y temía que yo confundiera su acto desinteresadamente ético con una interpretación descabellada de lúgubres espejismos y, por eso mismo, poco digna de crédito.

En cierto modo, si acepté ver a Víctor fue, en gran medida por la inusual y acuciante inquietud de la doctora. Aunque creo que es la vida misma la que a veces nos tiende un imán irresistible en las for-

mas más insospechadas para suscitar en uno la necesidad de decir, gritar, denunciar... Ése fue el caso. Ella sólo buscó despertar mi interés científico o afectivo por la causa del patético homicidio cometido por Víctor, para que yo desarrollara, a mi vez, los diseños tantas veces crípticos de una buena defensa. Ya se sabe que detrás de cualquier razonamiento siempre hay invisibles e inexorables designios que nos trascienden y que estos sucesos están más cerca de la causalidad que de la casualidad.

Víctor llegó a mi estudio a la mañana siguiente.

La Cámara de Apelaciones en lo Criminal acababa de confirmar su excarcelación pero, a pedido del fiscal y el particular damnificado, mandaba efectuar una pericia psiquiátrico-psicológica sobre él, para establecer los parámetros de su accionar homicida por emoción violenta. Debía comparecer ante cinco médicos forenses y someterse a una serie de pruebas psicológicas. Víctor había llegado el día anterior desde Santiago del Estero para notificarse de la resolución y someterse a tal pericia.*

Tras decretar su liberación provisional, el juez de instrucción había permitido a Víctor trasladarse e instalarse en su provincia natal, siempre que se pre-

* La pericia fue efectuada con posterioridad, al pasar la causa al juez de sentencia, como una medida probatoria de la querrela, ya que el juez, a nuestro pedido, señaló que esa prueba era susceptible de producirse más adelante. (N. del A.)

sentase a "estar a derecho" toda vez que se lo solicitara mediante una oportuna citación. El Patronato de Liberados de Santiago del Estero le había pagado el pasaje hacia Buenos Aires y allí estaba frente a mí, luego de pasar por el juzgado, esa lluviosa mañana de noviembre de 1985.

Ante la elemental invitación se sentó. Quedó en silencio, sin saber qué hacer. En la expresión de su cara noté que se iniciaba el camino de un denodado esfuerzo. Con la cabeza gacha, vuelto sobre sí mismo, se movía ligeramente para observarme y replegarse después en un breve gesto casi imperceptible. Volvía la cabeza una y otra vez, acompañando el movimiento con una aspiración de aire y un suspiro inmediato. Parecía desconfiar de su propia posibilidad de comunicación, como si se hallara irracionalmente reprimido. Y volvía a boquear, atisbándome con una mirada incorpórea tras sus grandes anteojos, con su cara tatuada como una esfinge, su cabello lacio y blanco peinado hacia atrás, toda su figura delatando una humilde, golpeada, muda dignidad. Súbitamente se puso de pie, sin decidirse del todo a marcharse, pero obedeció inmediatamente a mi dolido pero firme pedido: "¡Siéntese, por favor! Serénesse y cuénteme lo ocurrido". Entonces le sobrevino un llanto convulsivo. Mecánicamente se sacó los anteojos y ocultó la cara en el antebrazo tendido sobre el escritorio. El llanto imperioso fue cargando

la atmósfera y rompió en mil pedazos mi optimismo voluntarista, que hasta entonces cobijaba mis mejores deseos. El llanto de aquel hombre que ocultaba su rostro, que estaba condenado a vivir sin entender su propia degradación social, el llanto de ese homicida fue penetrándome mientras con algunas palabras trataba de calmarlo, de arrancarlo del naufragio, de liberar de alguna manera el nudo de su soledad inerme.

Hubo un llamado telefónico para mí. La secretaria le acercó un vaso con agua y, al tiempo que Víctor la tomaba, pude ver en su rostro arrasado por las lágrimas el fracaso de toda ilusión.

No podía llenar sus silencios. Antes de anunciarle que tomaría su caso necesitaba escuchar, de su propia voz, siquiera un frágil relato del hecho. Algo que me diera pie para decir lo que yo había decidido frente a ese hombre herido, socavado por el miedo y la desdicha.

—Señor —me dijo de pronto—, es que yo soy muy mucho analfabeto y no sé si le podría explicar. —Cada una de sus palabras acentuaba su desolación. Una amargura que le dejaba poco sitio para otra cosa. Resignado, aspirando una vez más para volver a suspirar, alzó entonces la cabeza, me miró francamente y dijo: —Así es, ¿no? La vida es un destino a cumplir...

Y volvió a perderse por el camino tantas veces

recorrido de su silencio, que ya era para mí la superficie visible de todas sus cicatrices. Y nuevamente el mismo llanto, la tos, la desesperación en que se unían su historia y la de sus ancestros, herencias y sinsabores indelebles, metidos como cuñas dentro de su cuerpo.

El sonido de la máquina de escribir no pareció distraerlo de su estado introspectivo. Redacté unas líneas. Volví a su expresión de sentida plegaria: "Firme acá, don Víctor", le dije. "Es mi designación como defensor." Trabajosamente fue escribiendo las letras de su nombre. Al terminar, levantó la cabeza y musitó:

—Gracias, señor.

Le sugerí entonces que, más calmos, podríamos grabar la historia de todo lo acontecido, y lo invité para que el día siguiente, sábado, a las ocho de la mañana, comenzáramos la tarea. Le expliqué que, como él debía marcharse a su provincia el domingo por la noche y no hablaríamos por un tiempo, me era imprescindible un minucioso testimonio de lo ocurrido.

Con igual tristeza y un leve atisbo de confianza Víctor volvió a presentarse en mi estudio aquel sábado a las ocho en punto. La grabación quedó concluida a las cinco de la tarde. Sólo salí de mi estudio a comprar nuevos cassettes y algo de comida para ambos.

Tiempo después hice escuchar a mis alumnos de posgrado en la Universidad (incluidos algunos jueces, funcionarios y policías) parte del testimonio registrado, para que tuvieran el privilegio de estar frente a la voz de un actor del drama penal y no sólo, como suele ocurrir en nuestra enseñanza universitaria, ante la erudición abstracta y acaso circunspecta de gabinete.

Cuando decidí pasar al papel aquella grabación, advertí el escaso sentido de las palabras despojadas de la voz humana que, con desesperación, las pronuncia y descifra. Esa abismante música que es la voz. La voz que permite orquestar el caos, describiendo llana y simplemente el hambre, la enfermedad, el deambular en la vida sin amparo y sin identidad. La voz y el llanto de Víctor, que exponen a la intemperie sus heridas para quien quiera oír. ¿Cómo captar en su totalidad el grito, la desmesura y la exigencia expresiva de esos ojos?

Ese testimonio dramático y humillado es lo que intento transcribir en este libro. Sólo dejé de lado las ineludibles repeticiones respetando, en todo momento, aquellos matices que echan luz para llegar al centro del enigma, aun sospechando que el enigma permanecerá. Recojo textualmente la provinciana forma de expresión de Víctor y sus giros paisanos. Espero que quien lea este libro sienta, además, sus largos silencios. Sus constantes frustraciones como res-

puesta a la repetida agresión. Su infierno sin máscaras. La escalofriante historia de una vida de esclavitud en pleno siglo XX, en nuestros días y en nuestro país.

No podría hacer literatura del dolor; creo que quien haga mera estética con esa clase de dolor comete casi un crimen o no ha padecido. Detrás del dolor hay tan sólo dolor. Este libro es una denuncia, por el sencillo motivo de que el drama de Víctor se me impuso como imperativo que sólo podía no convalidar al hacerlo público, para no degradarme ante mis ojos y los ojos de los que me conocen y, fundamentalmente, porque sentí que debía darse a conocer este anónimo drama latinoamericano que en realidad excede su ámbito, porque "lo que es el hombre, eso es la humanidad".

Pero, de todas maneras, releo el último párrafo y confieso que la justificación —ese imperialismo del yo— resulta casi inmoral frente a la aflicción, al sometimiento cruel e inhumano que debió soportar, como quizá tantos otros hombres, Víctor Saldívar.

ADVERTENCIA: Todos los nombres y las direcciones incluidas en el testimonio que sigue, salvo el de personas públicas, han sido reemplazados por seudónimos.

I

—¿De qué trabajaba usted en Santiago del Estero?

—Yo trabajé hachando leña allá en Santiago, hachaba leña y manejaba carros con mulas. Quemaba carbón y llevaba leña al pueblo para vender, de los obrajes. Por ejemplo, mi papá era contratista, hace muchos años, y un patrón le dio muchas leguas, y entonces él contrató peones. Y allí ponía la gente, hacha que te hacha, y ahí nosotros mismos también cortábamos la leña, algo para hacer carbón y algo para llevar al pueblo, al pueblo de donde yo soy, Sol de Julio. Yo trabajé hachando. Unos diez años que habré trabajado en eso.

—¿Desde qué edad?

—En el campo se trabaja desde que se nace, más o menos. Uno nace allí y lo primero que ve es trabajar la tierra. Yo trabajé duro, como le digo, en cosas muy duras, desde los diez u once años.

—¿Hachando siempre?

—Siempre hachando, sí señor, hachando y también haciendo cercos, ¿vivo? El cerco es de ramas; se hacha la rama y se hace un cerco, tal como un potrero, en vez de alambrado se hace de rama y con piedra abajo. Actualmente, en Santiago, hacen todavía los cercos esos. En el diario *El Liberal* salió que se necesitaba gente para hachar ramas. Son cosas que yo podría hacer. Bah, hacer, ahora no; ahora no puedo porque me he tenido que retirar.

—¿Qué pasó después, cuando usted tendría veinte o treinta años?

—Y, ya después me vine para Buenos Aires.

—¿Por qué razón?

—Me vine para Buenos Aires porque acá había mucho, muchísimo trabajo y allá no se ganaba casi nada.

—¿En qué año?

—Eso no me acuerdo bien, exactamente, no me acuerdo.

—¿Usted fue al colegio?

—Bueno, a la escuela, según me acuerdo, fui dieciséis días en Ojo de Agua, que es un pueblito, pero teníamos que ir a pie más o menos como cuatro leguas.* Íbamos a la mañana y volvíamos a la noche, entonces como era muy lejos, nos sacaron ya del colegio.

* Cuatro leguas equivalen a veinte kilómetros aproximadamente. (N. del A.)

—¿Cuántos hermanos eran ustedes?

—Nosotros éramos en ese tiempo tres hermanos.

—¿Ninguno estudió?

—Ninguno. No nos quisieron hacer estudiar porque en ese entonces mi papá era contratista. Así: había vacas, había chivas y había ovejas, plantíos. Y a los chicos nos ocupaban en cualquier cosita.

—¿Cómo vivían?

—Y, en ese tiempo bien, sí, porque la leche la ordeñábamos. Había quesillos, quesos, todo eso era abundante; después, como sembraba mi papá maíz, todas esas cosas, melones, zapallos, sandías, mote de habas y muchas gallinas.

—De modo que comían lo que producían.

—No se pasaba hambre, hambre. Pero después nosotros de allí nos fuimos a los obrajes a hachar, a los montes; de esto que le estoy hablando es cuando yo tenía ocho años, nueve años, en que hacía quehaceres más menudos. Poco después, como le digo, empecé a hachar, un trabajo muy duro, muy, muy duro. Por ejemplo, con el carro yo a veces salía de un lugar que le dicen Báez, yo me levantaba a las tres de la mañana a cargar la leña, iba y cargaba, y de allí me iba al pueblo Sol de Julio y ahí en Sol de Julio, íbamos... Más o menos yo salía a la mañana y llegaba como a las cuatro de la tarde, cargando leña, porque apenas dan vuelta las ruedas ahí; entonces, ese trabajo hacía yo y cuando llegaba a Sol

de Julio descargábamos y después me iba para casa. Llegaba de noche. Salía de noche y llegaba de noche.

—¿Qué edad tenía?

—Y más o menos en ese tiempo, yo había tenido en ese tiempo... porque yo hachaba, fletaba..., bueno, fletar se dice manejar los carros. Y habré tenido más o menos catorce, catorce o quince, y así hasta los veintidós y algo más.

—¿Y qué leña hachaba?

—Quebracho colorado y quebracho blanco, algarrobo negro, tala, tipa... algún guayacán.*

—Madera dura.

—Madera dura, el quebracho colorado es muy duro. Yo hacía postes, durmientes. Todas esas cosas hacía yo.

—Y, al fin, Buenos Aires.

—Como el trabajo era tan duro, entonces, una prima mía que fue a pasear allá me dice: "Che, Víctor, ¿por qué no te vas a Buenos Aires? Para hacer esta vida que hacés acá, que ni comen", dice, "allá por lo menos se trabaja, se come bien". Y así fue que agarré y me vine. Me vine para acá, a Pueyrredón 973, Pueyrredón y Córdoba, al lado del cine Biyú. Sí, no me olvido, no. Me acuerdo bien, todavía me acuerdo bien. De esto hace muchos años. Bue-

* Árbol de madera negruzca y muy duro. (N. del A.)

no, ahí compré el diario, el diario para que me buscaran trabajo. Entonces un primo mío me dice: "Mirá, yo trabajo en Otonello y te voy a buscar trabajo allí". ¡Y me fui, nomás! Con miedo, es claro, porque yo, cuando fui al servicio militar, me largaron por "inapto".

—¿Por qué razón lo declararon inepto?

—Porque yo tenía, dicen, como hernia en la zona de la ingle. ¡Eso fue una de las fallas más grandes que han tenido, tanto conmigo como con tanta gente! Siendo que, como yo, era gente que trabajábamos. Al ser "inapto"... Si no hubiera sido por eso, yo habría trabajado en otro lado, habría agarrado un oficio en otro lado, en otra cosa... Y en cambio, tantas veces tuve que trabajar, siempre en changas. Y trabajos muy duros y no de otra cosa, porque soy "inapto".

—¿Dónde dice que usted era inepto?

—Lo dice en mi libreta que soy "inapto", ¡allí está escrito!

—¿Y usted siempre mostraba la Libreta de Enrolamiento al presentarse a un trabajo?

—Y sí, sí. Además, los patrones se enteran siempre, si no. Ellos saben.

—¿Y cómo se hizo esa hernia?

—Bueno yo, este... me he caído del caballo y me ha pateado. Porque tenía un caballo en casa que comía maíz y el caballo, cuando come el maíz, es brio-

so, de boca dura. El que no come maíz no. Entonces, este caballo estaba acostumbrado a correr carreras cuadreras, comía maíz y avena, porque no teníamos alfalfa ni nada, entonces yo un día lo voy a buscar al potrero, ahí, en el monte, y lo agarré, me sacó el cinto y se lo pongo en la boca para rienda, como rienda.

—¿Como bozal?

—Sí, sí, como bozal. Entonces le hice un bocado. El bozal va por fuera y yo lo hice diferente. Lo hice por dentro, como quien dice se lo metí en la boca, un bocado, entonces subo arriba del caballo. Venía al trotcito y cuando llego a un descampado se va con toda la furia a los vientos y más o menos había como cincuenta metros que tenía que pasar por debajo de unas plantas y debajo de unas tunas. ¡Y me largué allí! Y más no me acuerdo. No sé, aunque creo que quedé como dormido y me acuerdo, sí, cuando llegué a la casa. ¡Estaba llorando mi mamá! Los vecinos creían que me había muerto, pero después quedé bien, ¿vivo?

—¿Se tiró del caballo?

—Yo me tiré porque si pasaba por debajo del tunal me deshacía. Entonces me tiré. Y el caballo estaba enfurecido, meta bracear y relinchar. Era boca dura, ¿no le digo?

—¿Y fue allí que lo pateó?

—Sí, allí patente me pateó. Me dejó lastimado.

—¿Después de ese episodio, ¿siguió trabajando en el quebrachal?

—¡Ah, sí, al tiempo! Trabajando muy fuerte, muy fuerte trabajaba yo. Porque yo he sido siempre muy fuerte para trabajar con el hacha, hasta llegué a igualar a diez personas en una semana..

—¿Cómo?

—Bueno, así por ejemplo: yo fui a trabajar en un obraje, había diez muchachos y yo por mi cuenta agarré otro campo, más o menos. Se dice una melga, una melga es de cien metros de largo por otros cien de ancho. Los otros eran menos prácticos y con menos aguante. Yo, en cambio, me levantaba a la mañana, tomaba un solo mate con pan, ahí mismo, un poco de mote* y ya estoy de sol a sol, porque allá se trabaja así. Me acuerdo que una vez me dijo el contratista: "Víctor, casi los igualás. Ellos hicieron doscientos metros en un mes y vos ciento ochenta y algo".

—¿Ganaba bien?

—No. Se pagan monedas. Yo no sé si cuarenta centavos el metro de leña o algo así. Yo le estoy hablando de hace muchos años atrás, pero las cosas no han cambiado tampoco ¡ni con las leyes de Perón! Yo no sé si cuarenta centavos, no sé. ¡Y no le pagaban con plata, tampoco! Se pagaba con harina, con

* Mote (voz quechua): maíz desgranado y hervido con sal. Se come como si fuera pan. (N. del A.)

yerba, con azúcar, con grasa y hasta alcohol. ¡Difícil que le dieran plata! Yo siempre trabajé así...

—¿En qué empresa trabajaba?

—La firma se llamaba Pedro Rizzi, que ya murieron hace mucho tiempo. Pedro Rizzi. Después se vinieron a Córdoba.

—¿Y qué dice la gente cuando le pagan con harina u otras cosas? ¿No protesta?

—Y... ¡no había otra cosa que hacer! ¡Y hoy sigue siendo así! porque yo me iba a ir para allá ahora, si es que me dejan ¿no? Pero me dicen que siguen pagando con yerba, que dan vales. Aunque eso mucho ya no importaría si tengo para comer y tengo ropita y un patrón que nos cuide si nos enfermamos. Años antes era peor. Pero todo queda, ¿vio? Será cierto que las leyes cambian para proteger a los analfabetos, pero la tradición se sigue siguiendo en el pleno campo, en los montes... Y en Salta también es así, en los cerros.

—¿Hasta hoy en día?

—Sí, ahora mismo; ¡ahora! Me lo dijeron gente que ha estado trabajando allí, en el obraje: siempre pagan con eso.

—Lo cierto es que usted se viene a Buenos Aires.

—Sí, yo llego a Buenos Aires aproximadamente en la época de Perón.

—¿En la década del cincuenta?

—Sí, sí, por ahí... Lo que me acuerdo es que te-

nía veintiséis o veintisiete o algo más. Hace como treinta años.

—¿Y ahora cuántos años tiene?

—Sesenta y dos años.

—¿Y qué hace al llegar a Buenos Aires?

—Como le cuento, vengo a Pueyrredón 973 y vamos a buscar trabajo con mi primo, que trabajaba en Mataderos. Y entonces él me dice: "Yo te voy a buscar trabajo allá". Bueno, me consigue y cuando me toca la revisión me dicen que soy "inapto", que soy inútil y que la libreta también decía que yo era inútil. Y eso fue lo que me perjudicó a mí, como a tantos otros creo que habrá perjudicado eso... Siendo que yo era un hombre, una persona tan fuerte, tal es así que mi primo ya falleció, ¿no? y yo pasé cualquier calamidades acá. Sin embargo yo he sido siempre de trabajar fuerte. ¡Ese patrón que tenía, me tuvo por eso! Porque yo hacía el trabajo de tres. Y por esa mancha que me pusieron en la libreta, por "inapto", yo tuve que sufrir tanto. Porque los patrones por eso no me tomaban.

—¿Cómo sabían ellos que usted era inepto?

—Porque, ¿no le digo?, en el ejército me revisaron y pusieron eso... Ahí me ponen en la Libreta de Enrolamiento y, en cuanto ellos miraban la libreta, ¡ya estaba! Ni me revisaban, apenas miraban la libreta y ya sabían... ¡y no me tomaban! Por eso entonces yo me voy a trabajar. Como no pude entrar

en vinos León, entré en el concesionario. Trabajaba en Uriarte 1739, me acuerdo todavía porque fue mi primer trabajo: Uriarte y Nicaragua. Ya no viven ellos allí, ahora viven en... ya no sé si vivirán. Trabajé repartiendo vino con el concesionario. Vino y sidra, todo eso. Como siete años trabajé. El trabajo era pesado, había que cargar cuatrocientos cajones todos los días, descargar cuatrocientos vacíos y cargar cuatrocientos llenos, y ese trabajo lo hacía yo solo en el camión. Un camionazo que tenían... Entonces un día me salí. El patrón no quería que salga pero yo le dije: "Mire, patrón, perdóneme, me salgo porque esto es muy pesado". Y de ahí me fui a trabajar a...

—¿Por qué no pidió que le pusieran un ayudante?

—No, porque es que todos los camiones trabajaban con uno... Entonces yo de allí me fui a trabajar a Avenida Francisco Beiró 4940. Allí estuve ocho o nueve años de sereno. El patrón de ahí, que fue el mejor que tuve en Buenos Aires, ¡el mejor!, nos compró un puesto de pollos, a mí y a mi hermano, que estaba en Santiago del Estero, pero le había agarrado el mal de Chagas, entonces el patrón, mi patrón, lo hizo traer. ¡Era un patrón de verdad! Era la mejor persona que a nosotros nos atendió. Ese patrón, sí. Era un patrón italiano, eso es lo mejor que tuvimos nosotros acá, y lo hizo traer a mi hermano que después

se murió. Nos compró un puesto de pollos en el mercado y nosotros íbamos a la concentración de aves del mercado. Íbamos con él y una vez nos dijo que cualquier cosa que faltara plata él la ponía. Tan es así que cuando íbamos allí a dejar las aves que criábamos, nos pagaban y nunca tuvimos problemas. Después de eso, vendió el mercado. Y cuando vendió el mercado quedamos nosotros, pero ya nosotros habíamos juntado unos pesos, nada más que cuando murió mi hermano a mí me fue mal, porque ese patrón a mí me había comprado un terreno por la Ruta 8: ¡él lo pagó! Él pagó la entrada y las cuotas y me dijo: "Yo me voy a Mar del Plata, me voy del todo, pero este terreno que le doy no lo vaya a vender por nada". Y yo empecé a andar mal con muy mucho infortunio de los negocios y lo vendí y eso fue... ¡En la Ruta 8, que vale cualquier guita por ahí! Para mí toda esa época fue muy mala porque no podía entrar en ninguna empresa, por eso de la Libreta. Y debía trabajar solo, así, fuerte, muy fuerte.

—¿A dónde fue a trabajar después?

—Bueno, de ahí salí de Beiró 4940 y me fui a trabajar acá, con este patrón que fue mi último patrón hasta ahora. Yo sabía algo de carne porque una vuelta había ido a practicar en Munro, en la Avenida Díaz Vélez, a practicar un poco ¡y me tomaron allí! Era una señora que viene y me dice: "¿Usted sabe un poquito?" Fuimos tres, los otros dos hicieron rá-

pido la faena. Nos pusieron un cuadril para que descuartizáramos, ellos lo hicieron rápido y yo muy despacito. "Bueno", les dice a los otros dos, "ustedes vénganse mañana", y me hace quedar a mí. Me dice la señora: "Usted va a trabajar muy bien. Estos otros muchachos no saben trabajar, hicieron tan rápido que me sacaron toda la carne del cuadril. Usted, en cambio, sabiendo menos, me dejó el huesito blanco." ¡Y así fue! Había también un muchacho que me enseñó a descuartizar, todas esas cositas... En un año aprendí, no muy bien, pero aprendí.

—¿Cómo llegó a esa carnicería?

—Bueno, yo un día compro un diario y veo un pedido del día jueves que pedía gente para la calle Tellier, el número no me acuerdo exacto, es el único número que no me acuerdo exacto; era Tellier y Rodó, a mitad de cuadra por Tellier. Y entonces llego y allí estaba el señor Latuada con unos volantes. Llegué tarde, más o menos habré llegado como a las doce y le digo: "Vengo por el aviso del diario". Y él me dice: "¿Sabés trabajar?" Y le digo: "Y, sí, algo sé". Bueno, que entre, me dice, que ahí me va a atender el muchacho, me va a probar. Yo entré y el muchacho me dice: "Acá hay dos cuadriles". Yo ya sabía ¡y los saqué muy bien! Me dice el muchacho que está bien y le dice a él que está bien. Este patrón, Don Latuada, no sabía nada de carnicería. Después me dice: "Vení mañana, para que empecés

a trabajar". Y así fue. Allí estuve, en Rodó y Tellier, dos meses. Él me estudió y vio que trabajaba bien y un día me dice: "Mirá, te voy a llevar a otra carnicería mía en Juan Agustín García al 1000, cerca de la Avenida San Martín".

—¿Tenía varias carnicerías?

—Sí, tenía como diez, y de esa carnicería me sacaba porque la estaba por cerrar. Y cuando me trajo en su coche me dice: "Mirá, si esa carnicería de Juan Agustín García levanta", dice "ahí te vas a quedar vos, porque en esa carnicería yo siempre tuve gente borracha ¡y eso no va!" A mí, me parecía que no era yo, porque nunca me pasaron esas cosas: primero que iba en coche, en un auto así, nunca había andado, yo siempre anduve en colectivo. Y después que me ofertase así, el patrón... Sentía alegría: de acuerdo a lo que sufrí yo en el monte, me vine acá, a Buenos Aires, porque quería aprender. Por ejemplo, a sumar, y otras cosas que he aprendido. Porque yo tenía un primo que me enseñaba y un compadre brasilero. En Pueyrredón 973 había una terraza y yo subía con ellos para que me enseñaran a sumar. ¡Yo quería multiplicar y leer! ¡Y eso aprendí! ¡Para multiplicar era un tiro! Aprendí a dividir también, pero de eso ya me olvidé. ¡Como no era por escuela, me olvidé!

—¿Y sabe restar?

—¡Sí, restar! Pero también de todas esas cosas

me olvidé. Yo iba preguntando a las clientas del mostrador y aprendí también a leer. Lo que no aprendí es a escribir. Algunas cosas hago, leer sé, aprendí todo acá con las clientas.

—¿Tenía ganas de aprender?

—¡Y de no! ¡Cualquier cantidad, cualquier cantidad, y todavía tengo nomás!

—¿Ahora?

—Sí, sí, ahora. Si voy a Santiago, si puedo... sí, seguro voy, porque es la única salvación. Todo lo que sé, lo aprendí acá, con el *Clarín*, todo con el *Clarín*. Quería saber todo y preguntaba a las clientas, les preguntaba y a ellas les gustaba decirme, por eso a mí me querían mucho... *(Se interrumpe a causa de los sollozos.)*

—¿Por qué se pone así?

(Con la voz totalmente quebrada por el llanto.)

—¡No... es que yo sufrí mucho! Usted sabe que sufro... Lo que me acuerdo que me han hecho.

—Bueno, Víctor, bueno, cálmese. A ver, por qué no me cuenta si allá, en Santiago, participó alguna vez de un misachico. Por favor, cuénteme algo de eso.

(Recuperándose.) —Y sí que participé, en el monte participé. Es religioso, muy religioso, pero se baila y se empina el codo, y a mí eso no me gusta. Yo sólo mascaba coca, como todos, pero

tomar... ¡Ni una gota!

—¿Cómo es la celebración?

—El misachico puede ser un santo o una santa que uno lo saca cada vez que se festeje el día. Se saca de una casa, por ejemplo, de la casa del dueño del santo.

—¿Del dueño?

—Sí, sí, del que lo compró. Y entonces se lo saca en andas. Yo siempre ponía los hombros. Primero éste y después, cuando me cansaba, este otro. Y así se saca entre varios en andas y vamos tocando bombos y lo alegramos con las flores, pero de papel, de muchos colores. Adornamos también a la santa y la vestimos con capas, le ponemos aros en las dos orejitas, la paseamos y la regresamos al dueño del santo, al rancho, bah. El dueño del santo o la santa es, como le digo, el que ha podido comprar esa imagen santa. En el rancho, allí, muchos toman aloja, chicha y también vino, coqueando siempre. Pero a mí nunca me ha gustado empinar el codo, ya le digo. Al que empina el codo se lo llevan los demonios... se dice. Se dejan ofrendas para la santa o el santo, alguna platita pa'pagar al dueño y a veces, después, se vuelve a sacar, siempre llevando en andas, tocando la flauta, el bombo y a veces el violín, cantando. Es lindo, muy lindo es.

—¿Y lo llevan a la iglesia del pueblo?

—Sí, sí, el cura siempre deja.

—*Pero no permite entrar con aloja* o chicha**.*

—Se toma más en la fiesta del angelito... que es cuando se muere un angelito. Hay que velarlo nueve días y se lo pide prestado para velarlo en otros ranchos. Allí se toma muy mucho y se coquea, pero a mí, ya le digo, nunca me ha gustado.

—*No le gusta la gente que toma y se embriaga...*

—Yo aprendí a tratar a la gente aquí en Buenos Aires, bastante, en la carnicería, gracias a la clientela. Ellos me enseñaron sin darse cuenta y ésa era mi única alegría. Todo eso me enseñaron ellos, ¡todo, todo! Como yo no sabía ni quería tomar... porque nunca me gustó a mí eso. Una vez había un tal Varón que iba allí, y después me enteré que tomaba y le digo a mi señora: "No me gusta, habla cualquier cosa y putea", y a mí no me gustaba eso.

—*¿Dónde se casó usted?*

—Acá en la Capital, aquí mismo, con una chaqueña y estee... muy buena, muy trabajadora, analfabeta también. Claro ella sabe menos que yo, ella no sabe leer nada, no aprendió nada, no conoce la plata, todo eso. Y allá en Santiago, desde hace pocos días, cuando va a tratar, tengo que ir yo con ella, porque ella no sabe si le dicen diez o cinco; no sabe cuál es más.

—*Seguramente no aprendió por las mismas ra-*

* *Aloja*: Bebida compuesta de agua, miel y especias, con alcohol.

** *Chicha*: Bebida alcohólica hecha con maíz. (*N. del A.*)

zones que usted no fue al colegio.

—Claro... así es.

—*Por falta de oportunidad.*

—Sí, eso es, por falta de oportunidad. Pero si yo me quedo en Santiago ¡voy a ir a la escuela! Tengo ganas, muy muchas ganas de aprender. Tengo sesenta y dos años y yo tengo que aprender y tengo a mi nena de trece años, que la saqué de la escuela y la puse a trabajar ahora en Santiago por seis mil pesos por mes. Porque nosotros, el único sueldo que ganamos nosotros es: la nena seis mil pesos y mi señora doce mil. Es todo el sueldo que tenemos.

—*¿Actualmente?*

—Sí, ahora, hoy.

—*¿Y usted no puede trabajar?*

—Yo limpio jardines, allá, en casa de señores ricos, pero se me hinchán las manos acá (*señala*), un poco acá, entonces yo trato con la otra mano de hacer... hice varios trabajitos y ¡los hago todavía! Ahora, si yendo allá pudiera salir a setenta kilómetros de Santiago a embolsar carbón, seguro que ganaría más.

—*Siga contándome qué pasó con la carnicería de Juan Agustín García.*

—Me dio el visto bueno y trabajé dos meses ahí. Después de trabajar dos meses, en que el patrón iba y me observaba, porque había mucha gente, me observaba si sabía sacar bien las cuentas, todo eso...

yo sacaba bien las cuentas y atendía bien al público. Entonces me puso en otra carnicería.

—¿Cuántas carnicerías me dijo que tenía?

—Don Latuada tenía en ese tiempo, yo creo que llegó a tener diez. No, eran nueve carnicerías y una granja. También tenía una confitería en el Camino de Cintura y era dueño de un lugar para las parejas en la Panamericana, con otros socios, según creo. Bueno, este... yo desde el primer día que empecé a trabajar en esa carnicería tuve más y más gente, era casi toda... tenía el noventa por ciento de judíos ¡pero gente muy buena, igual! Todos muy buenos. Entonces, hasta el año, yo trabajé perfectamente en esa carnicería; nunca el patrón me causó molestia, aunque nunca me saludó.

—¿Dónde quedaba ese negocio?

—En Luis Viale al 1000, creo que en La Paternal, ahí. Entonces esa carnicería empezó a vender el doble, el triple, hasta que el patrón puso otra persona porque advirtió que era muy mucho trabajo para mí solo. Bueno, un día, más o menos al año, va y abre la heladera, cosa que nunca hacía porque el oficio él no lo conocía, y ve abajo como treinta pedazos. Era día martes o miércoles, y en día martes o miércoles eso es normal, porque si me piden bifés yo tengo bifés; si me piden bifés con lomo, tengo bife con lomo; si me piden bife angosto, tengo bife angosto; ¡tengo que tener de todo! Y el patrón me

dice: “¡Y ese pedacerío! ¿Qué hace acá ese pedacerío?” Bueno, le digo, son los cortes, cualquier carnicería sin esos cortes los martes no puede trabajar, con la carne entera no puede trabajar. Y se enojó, y ahí me trató mal, con un madre y todo...

—¿Qué quiere decir “un madre”?

—El patrón me dijo hijo de puta y todas esas cosas, ¿vio? Así me dijo: “Negro de porquería”, y bueno... ¡un montón, montón de cosas! Por primera vez... Yo no le contesté nada porque nunca me gustó contestar al patrón, ¡a ningún patrón! Yo ya sabía que él era medio así, que hacía su santo gusto... Bueno, no le contesté. Entonces el propietario de ahí de la casa, que eran dos viejitos que nos habían estado escuchando, cuando se fue él, me dice uno de ellos. Don Luis se llamaba el viejito, me dice: “¿Y por qué se enojó?” “No sé”, le digo, “porque había unos pedazos acá ¡pero eso es lo más normal! El patrón es patrón”, le digo, “pero él no sabe nada, saber sabemos nosotros”. Entonces le digo: “¿Sabe, Don Luis? Trabajo hasta el sábado, nomás, y el sábado me voy”. Y de allí el viejito va y lo llama al patrón a la casa diciéndole que yo me iba y eso. Entonces, el patrón dice que nos quedáramos en la carnicería porque íbamos a ir a comer. A la par de la carnicería había un restaurant. “Dijo que lo esperaríamos allí”, me dijo el viejito. Bueno, muy bien, lo esperé y vino. Fuimos allá a comer y estaba callado y después me di-

ce: "Bueno, mirá, esas cosas mías no las tomés a pecho. La verdad es que yo estoy contento de vos, perdoná esas cosas que te dije, esas cosas no las vuelvo a hacer más".

—¿Qué sintió usted en ese momento?

—Esa vez, yo creo... que fue la única que me habló Don Latuada como debe de hablar un patrón. Después me di cuenta que fue la única vez. Nunca después me habló así. Al contrario, siempre a los gritos, sin saludarme, puteando, puteando.

—¿Entonces qué pasó?

—Entonces me quedé, seguí trabajando bien otra vez. Después llegó mi mujer, allá a Luis Viale. Y me dio permiso el viejito, el propietario, para que vaya con ella y ella se quedó a vivir allí junto conmigo.

—¿Vivían en la misma carnicería?

—Ahí mismo en la carnicería, en una piecita que me había prestado el viejito, el Don Luis. Me prestó él y como ellos eran solos, dos viejitos solos, vino mi señora y, cuando se enfermaba uno cualquiera de ellos, iba mi señora y les preparaba todo. Y a ellos les gustaba muy mucho porque, como le digo, yo no sabía tomar, todos los que estuvieron ahí antes discutían, tomaban caña o grapa. "Y usted", me decía Don Luis, "no sabe tomar nada". Y es porque no me gusta. Después empezaron a mandarme carne en mal estado, podrida. ¡Allí empezó el problema! Allí empezó todo. ¡Seguro!

—Explíqueme, ¿a qué llama carne podrida?

—Venían seis medias frescas y otras seis medias podridas, a veces hasta tenían gusanos.

—¿Qué son seis medias?

—Seis medias son... Bueno, la vaca viene entera: cuando la corta, la sierran por la mitad, sacan una media res así y otra así y bueno, seis medias vienen a ser... ¡doce medias vienen a ser seis vacas!

—¿Cuántas venían mal?

—Seis podridas ¡pero podridas! y seis buenas, para vender mezclándolas... Así que seis compraba caras y seis compraba baratas, entonces él hacía precio, ¡y vendía más barato que otras carnicerías porque vendía carne podrida! Yo tenía que lavar esa carne con lavandina y untarle pimienta.

—¿Y dónde compraba su patrón la carne podrida?

—¡Ah! Yo no sé dónde la compraría. Bueno... eso hay en todos lados. Actualmente las carnicerías trabajan así, todas las carnicerías que venden barato hacen ese trabajo. Igual con los pollos. Para los pollos vienen partidas, por ejemplo, de doscientos cajones de pollos, habrá cien buenos y los otros cien podridos. Entonces hacen precio y barren con todo. Yo tenía que lavarlos con lavandina. Había unos tachos que yo los vi ayer en las fotografías que hay en los Tribunales...

—En el expediente, sí.

—Sí, en el expediente. En esos tachos con lavandina se los dejaba para el otro día a los pollos podridos. Al otro día yo me tenía que levantar bien temprano, lavarlos con agua y pasarlos después por agua y pimienta y colgarlos de un ala en la heladera, cosa que se escurran bien. ¡Y ni se siente el olor, a pesar de estar bien podridos! Ese trabajo es así...

—¿Y con la carne?

—Con la carne es lo mismo, porque se la lava bien con lavandina y se cuelga afuera para que se escurra bien. Después con un trapo se la seca un poco y se la pone en el piso de la heladera, cosa que agarre mucho frío. Y, cuando viene la gente... Ese trabajo se llama "trabajar con la heladera". Quiere decir que, cuando viene la gente, la clientela, yo me voy a la heladera, agarro un pedazo de carne que me piden y lo doy al cliente. Pero en vez de dejar en el mostrador lo que queda, lo vuelvo a poner rápido en la heladera. Si lo dejo en el mostrador, a la media hora ya no se puede aguantar más el olor. No se trabaja con el mostrador, no hay carne allí para ser vista por el cliente; se trabaja con la heladera, ¿vivo?

—¿En muchas carnicerías ocurre eso?

—De las baratas todas, menos en las carnicerías Coto. Allí habrá olor, pero olor como en cualquiera, olor a carne fresca. Pero mi patrón, lo que hacía él era muy demasiado.

—¿Quién le ordenó a usted hacer ese trabajo?

—Y él, el patrón Don Latuada, y yo tenía que hacerlo porque ya tenía mis años y no podía ir a trabajar a otro lado. Además, como le digo, yo soy inapto y a uno no lo toman... Al principio no me fui porque el patrón me ofertó una casa, y yo esa casa la seguí buscando siempre. El patrón la había ofertado. Él lo dijo: "Yo esa casa te la voy a comprar porque vos te la merecés". Pero después, al final, no pasó nada, la casa no me la dio nunca, pero me la ofertaba siempre. Un día me dice: "Mirá, yo te voy a dar la casa pero vos a tu señora no le vayás a contar". Parece que él no quería que supieran su señora y mi señora, porque mi señora trabajaba en servicio doméstico en la casa del patrón.

—¿De Don Latuada?

—Sí, sí, del patrón. Bueno, un día va mi señora, un día sábado a la casa de él. Él estaba en San Andrés de Giles. Y yo le digo: "No vas a contarle a la doña Gladys esto porque yo voy a tener un gran problema. Yo te cuento a vos, porque vos sos mi señora y lo tenés que saber... hace un mes que yo tenía que contártelo, que el patrón me ofertó una casa. Ya eran varias las veces que me la ofertó". Entonces, ¡al revés! ella va y se lo cuenta a la señora Gladys y me dice: "¿Sabés? Se lo dije porque creía que se iba a poner contenta la señora". ¡Se separaron un mes! Al otro día me llama por teléfono el patrón, él a cada

rato me estaba llamando por teléfono, que esto, que lo otro y dice: "Che, Víctor, por tu culpa sabés que me he separado de mi señora". ¿Por qué?, le digo. "Cómo ¿por qué?", me dice, "¿no sabés que tu señora le fue a contar a mi señora que yo te iba a regalar una casa?".

—¿Y usted pensaba que era un hombre generoso?

—Y... bueno, yo creo que él prometía para hacerme trabajar más. Pero eso yo lo pensé ahora, después. Siempre me decía: "Ahora a fin de año tenés cien mil pesos", de cuando la plata valía; pero jamás me dio nada... El patrón allá, en Santiago del Estero, nunca engaña y eso el peón lo sabe, por eso no necesita pensar solo y es bien fiel.

—¿Y cuánto le pagaba?

—Vea, cuando recién entré me pagaba ocho mil pesos y me descontaba tres mil por la luz.

—¡Por la luz!

—Sí, me daba cinco mil y me decía: "La luz la tenés que pagar vos", así que me salía en ese tiempo más caro que un alquiler. Me descontaba y yo tenía que aceptar porque si no directamente me echaba. Eran palabras de él: "¡Si no te gusta te vas!" y, como yo estaba con la familia, me tenía agarrado y ya no podía escapar a nada. (Solloza.)

—¿Su hija nació allí?

—Sí, mi nena que ahora tiene trece años nació

allí. Yo trabajé con este patrón como diecisiete o dieciocho años.

—¿Le pagaba ocho mil pesos semanalmente?

—Sí, ocho mil cuando recién entré, semanal me pagaba y me descontaba tres mil de luz también semanal, así que me daba cinco mil. Pero siempre me decía: "Vos sabelo, ningún empleado se fue sin algo de acá, con las manos vacías, acordate que vos con una casa te vas a ir". Yo le creía pero se ve que era para hacerme trabajar, no sé. Tal es así que a veces, muy pocas veces, me dejaba retirar un poco de carne, un kilo o un kilo y medio ¡y yo trabajaba con toda mi familia!

—¿De carne buena?

—Sí, buena, de las medias reses buenas. Mi nena, la que actualmente tiene veintiún años, en ese tiempo tenía ocho años y ella, para ayudarme a cargar, se ponía contra el pechito los bifés congelados y los llevaba; y así se quedó asmática. Y la otra, la que tiene trece, quedó tartamuda.

—¿Tartamuda?

—Sí, tartamuda, sí. Porque el patrón, hecho una furia, como siempre estaba, entraba en la pieza y la nena se asustaba. ¡Le tenían miedo los chicos, pero ella mucho más!

—Y los grandes parece que también.

—Sí, yo también, pero yo no lo quise decir, porque si tengo que decir todo... ¡Es una barbaridad lo

que hizo a las nenas! Yo dije algo, nomás, cuando declaré en los Tribunales. Pero todo no dije.

—¿Por qué dice que fue una barbaridad?

—Él iba, por ejemplo, a la pieza, se metía de prepo y enseguida me puteaba. Entonces los chicos se disparaban y la chica, la que está asmática... Porque yo no tenía tiempo de hacer, yo era solo, tenía que cortar la carne, atender el mostrador, hacía de cajero, lavaba la carnicería y a veces, para tenerlo contento, la pintaba. Además tenía que lavar la carne... y no hacía tiempo. ¡Eso de lavar la carne era de todos los días, de todos los días, de todos los días por el olor! ¡De mañana, de tarde, de noche hasta cualquier hora! Y no hacía tiempo. Era carne podrida, que si hubiera sido buena era otra cosa. Si yo no hacía ese trabajo o no alcanzaba, cuando el patrón venía se la agarraba conmigo. Yo, de cualquier manera entonces, trataba de hacer todo, siempre, siempre, pero me sentía como verdugueado y usado como al patrón se le daba la gana.

—¿Y no se resistió a las órdenes tan siquiera alguna vez?

—Yo habría tenido que denunciarlo por lo de la carne podrida y los pollos podridos. Pero la verdad es que no me animaba, porque con todo yo creía que el patrón iba a cumplir al final. ¡Era el patrón! Mi señora me decía que no, que no iba a cumplir. Y yo me daba cuenta que ella tenía razón, pero no me

animaba a denunciarlo porque él, mi patrón, siempre ganaba a su capricho. Por ejemplo, donde él alquilaba nunca pagó alquiler. ¡Jamás, nunca! Siempre andaba en juicios y siempre, según él, todo ganaba. Y yo vi que era así. Y, además, siempre con las amenazas... entonces ¿yo que podía hacer? Nada, no podía hacerle nada. Yo le dije a mi señora: "Si lo denuncio, por ahí él, que es poderoso, le hace algo a los chicos". Todas esas cosas; entonces yo me mantenía callado.

—De modo que durante todos estos años usted vendía carne podrida y pollos podridos.

—Y, sí. Carne podrida ¡no sé de dónde la sacaba él! En un tiempo fue matarife, según me dijo, y había tiempos en que la carne no venía tan... tan... así de podrida. Pero después parece que compraba por ahí barato y las mandaba siempre.

—¿Cómo se hacía la mezcla de la buena y la mala?

—Bueno, venía el camión de la carne, descargaban doce medias que vienen a ser seis vacas, y en eso venían tres podridas y tres buenas, o cuatro y dos. Yo con mi familia teníamos que trabajarlas, mezclarlas, bueno con malo y así. Lo que venía muy malo, la picábamos enseguida con mucha pimienta y un poco de lavandina para que no se sienta el gusto. Pero eso en la carne picada y en la otra también. La otra, lavada con lavandina (cuadril, lomo, nalga,

todo eso, peceto) y ponerla en la heladera en el piso, enfriarla bien y rápido. Es que si la ponía arriba no agarraba frío y, en cambio, abajo congelaba. Siempre se pone abajo; si los ponía arriba quedaban flojitos, en cambio en el piso los bifos estaban duros, congelados. Y así, después los cortaba y no se sentía olor ni nada.

—¿Y si los clientes se intoxicaban?

—Muchos clientes devolvían la carne, pero otros no. Pero al patrón la gente no le importaba nada... No le interesaba la gente. Venían los inspectores cuando le clausuraban y le bajaban la cortina, le ponían los papeles y le clausuraban, y después él agarraba y abría la carnicería; rompía los papeles y listo. Siempre hizo así. Le clausuraban y entonces yo ya sabía: lo llamaba por teléfono a la Casa Rosada.

—¿A la Casa de Gobierno?

—Sí, el patrón tenía dos teléfonos en la Rosada. ¿No le digo que entraba y salía y conocía muy muchos militares? Y tenía carácter como de militar.

—¿Y los militares también lo llamaban a la carnicería?

—Ah, eso no sé yo. Yo tenía la orden de llamarlo sólo cuando había clausura. Le decía: "Oiga, don Latuada, clausuraron de vuelta", y él venía con el coche, rompía los papeles y abría. "Vos no te calientes, que yo lo arreglo después", decía siempre. Una vuelta le pegó a un... creo que era un procurador.

Resulta que el patrón le había pegado un tiro a un cuñado de él, le pegó un tiro y el cuñado quedó inválido y le hizo un juicio. El patrón le debía, y tenía que pagarle, no sé, no sé qué cosa... plata, sería. Y vinieron y le embargaron. Un procurador, creo que se llama. No sé bien.

—*Un oficial de justicia.*

—Sí, podía ser un oficial de justicia. Y él le pegó, le pegó con una sombrilla. Se enfureció, le quería cortar la pata con una sierra, además. Bueno, se fue y al poco tiempo lo denunciaron y fui yo, con el Esteban Ruiz y un muchacho de Donato Álvarez y Cucha Cucha al que el patrón le había hecho un servicio, y nos llevó para declarar que eso no vimos.

—¿Como testigos de que no había habido agresión?

—Eso es falso testimonio, que digamos que no le había pegado. ¡Y ganó igual! Yo declaré así, claro. Porque, si decía yo otra cosa... Yo iba a la fuerza, a lo que mande él, y los otros también. El muchacho de Cucha Cucha y Donato Álvarez no podía sacar un permiso para el local y, para que se lo abrieran, se lo sacó el patrón. El muchacho me contó que por eso declaraba así.

—¿Usted tenía en ese entonces plena conciencia de que vendía carne podrida? ¿Qué sentía ante eso?

—Claro, sí, sí. Yo... yo le decía a mi señora y a los

chicos, ¡porque me daba un no sé qué por dentro! Pero, si fuera eso nomás. Yo les decía que si gano más sueldo tiro la carne mala, y pongo de mi bolsillo la plata que vale. Eso decía yo, siempre decía lo mismo. Pero era tanta cantidad, tanta cantidad y yo no ganaba tanto sueldo, yo ganaba muy poco. y por eso tenía que vender esa carne mala. ¡Es lo más feo que puede haber! Así, cuando venía una señora y pedía un churrasquito para el nene, yo no sabía qué hacer y me desesperaba. Buscaba de darle de algún lado que... Porque alguna vez me pasó que vendía carne picada y vino una señora a decirme que le había agarrado diarrea a toda la familia. Ya sabía yo eso, pero no tenía otro remedio. Es que yo, por culpa de esto, no pude trabajar; como le digo, por ser inapto. Yo, por ejemplo, siendo inapto era más capacitado que todos para trabajar. Pero... ¡así siempre! No había día en que no se quejara alguien: cuatro, cinco personas, siempre. Yo les daba otra carne mejor y, cuando se iban, agarraba ésa que traían de vuelta, la picaba bien y rápido, porque así me mandaba el patrón. La picada era más barata y salía toda con mucha pimienta, con mucha lavandina, ¡no se hallaba el gusto! Esa sí que era difícil que me la traigan de vuelta. Lo que me traían mucho eran las milanesas de lomo, de bola de lomo, porque tiene mucho olor. Por más que la lavara siempre quedaba algo. Le ponía mucha agua y pimienta, a veces

amanecía ahí... Yo tenía una rejilla para limpiarme las manos, ¿vivo? Y un plato preparado con pimienta, agua y pimienta. Entonces iba limpiando el mostrador... Pero no era que limpiara yo, sino que escurría unas gotitas de agua, un poquito apenas de agua y pimienta, para que cayeran sobre las milanesas. Y, al cortar las milanesas, tocaba la rejilla como para limpiarme. Pero no era para limpiarme, era para que quede agua con pimienta y disimular el olor. Después cortaba y no se sentía olor a nada, y las milanesas ya iban medio condimentadas, cosa que no se sentía lo podrido en el gusto tampoco. ¡Pero sabe lo que era el trabajo ése! Y todas esas cosas que hacer me las enseñó el patrón. ¡Eso sí me enseñó! Un día, un agente de la comisaría cuarenta, que está en Rodó, cerca de Tellier, me dijo que en otra carnicería del patrón, en la calle Olivera, se vendía también carne podrida. Y me dice el policía: "Si allá también, justamente hoy, fueron a devolver como cinco kilos de carne podrida. Toda verde. Podrida. Pero tu patrón tiene mucha palanca con los milicos", dice, "no lo podemos voltear, nosotros".

—¿Carne verde?

—Pues sí, la carne podrida se pone verde ¡bien verde! Se pone que para los gusanos. Ahora, si usted la lava bien lavada con lavandina, sale algo, se le va un poco de olor y de color; pero la toca así y se le deshace en las manos.

—¿La gente sabía que allí se vendía carne podrida?

—Y... no, no sabía. Por ejemplo, ahí, cuando estaba la gente pasando o entraba, a veces sí se tapaban la nariz, de sólo pasar por la puerta.

—¿Había olor?

—Sí, muy mucho olor. Era del agua que salía debajo de la heladera, el agua que salía de los pollos. La que salía de los pollos le aseguro que era inaguantable, inaguantable.

—¿Durante cuánto tiempo vendió ese tipo de carne?

—Bueno, yo estuve diecisiete años, cerca de dieciocho, pero el primer año era carne buena.

—¿Y después siempre ese tipo de carne?

—Siempre... ¡y a lo último peor! El día que pasó eso yo tenía bastante, bastante carne podrida y todavía el patrón me manda tres medias de ciento setenta kilos. Quinientos kilos de carne podrida, ¿se imagina? Todo podrido, el olor era muy inaguantable.

—Cuando le avisaban que recibiría carne, ¿usted ya sabía que vendría podrida?

—Yo lo imaginaba, cómo no. Siempre me lo imaginaba. Pero ese día yo no me sentía bien y rogaba a Dios, ¡rogaba a Dios!, que él no me mandara... o que, aunque estuviera podrida, no me mandara reses grandes, ya que andaba muy dolorido de los hom-

bros y de las piernas, pero muy dolorido. Tenía muchos granos, como una infección entonces, granos grandes en las piernas. Rogaba y rogaba, y justamente cuando llega el camión me dice el muchacho: "Mira, Víctor, abrí la heladera cuando no haya más gente y ahí lo vamos a bajar, porque vienen que es inaguantable el olor, vienen muy podridas".

—La gente del camión, por ejemplo, ¿sabe fehacientemente que lleva carne podrida?

—¡Y, claro! ¡Ellos lo saben primero! Bueno, ese día la descargaron y la pusieron adentro en la heladera, para que no vea la gente. Después, a la mañana, yo tengo que levantarme temprano, también para que no vea ni sepa la gente. Imagínese usted, está descuartizado todo allí y se llena de un olor podrido, todo podrido. Y rápido hay que poner en agua con lavandina, ¡urgente! Y lavar bien y poner la carne en el piso de la heladera para que se enfríe.

—¿Usted estaba habituado al olor?

—Y, sí. Yo, por ejemplo, cuando la gente decía qué olor feo hay acá, ya estaba acostumbrado. Pero con el olor de los pollos, no. Porque ese olor es algo que se queda en las manos, por más que uno se lave con lavandina. Igual le queda a uno, penetra hasta en la ropa que uno usa, queda. Se quita la ropa y el olor parece que lo sigue a uno. Y bueno... ése era el trabajo que tenía que hacer, aunque por dentro yo estaba deshecho, me sentía deshecho.

Y así por muchos, muchos años, ¿vivo? Porque, ¿se imagina usted? ¡Yo tenía que hacer eso! El patrón me hablaba y me explicaba, pero era cada vez peor. ¡Él me hacía hacer eso! A nosotros no nos consideraba. Un señor Vallejos, que a veces iba a ayudarme a la caja, me decía que yo estaba torturado mentalmente: "Cualquier cosa que le pase", me decía, "venga, que yo le voy a salir de testigo". A veces creo que el señor Vallejos tal vez, no sé, fuera socio del patrón, aunque él iba porque le gustaban los mates que tomábamos. Después ya no ha venido más. Y había también uno que era de la Marina, un capitán de corbeta o algo así, que también me decía lo mismo. Pero Vallejos era un hombre ya grande y me hablaba mucho. Porque el patrón hacía así: tenía siempre gente grande, de años. Y lo había, tal vez, empleado para... no sé, quién sabe. Vallejos venía cuando había problemas con el asunto de la carne. Ahí iba el Vallejos. No sé qué es lo que iba a hacer, pero después pasaba por el negocio. Ese señor Vallejos fue quien tuvo más contacto conmigo, porque él iba a tomar mate, en un tiempo, casi todas las mañanas. Y me dijo: "Cualquier cosa que necesites de mí", y me dio el teléfono, "me vas a buscar, en todo caso", dice, por si quiero ayuda de él. Era un buen hombre. Después lo perdí de vista.

—*Su mujer también trabajó para el señor Latuada.*

—Sí, trabajaba en la casa del patrón, únicamente dos veces por semana, medio día, así.

—*¿Le pagaban bien?*

—La señora del patrón le daba a ella distintas cosas. Le daba por ejemplo comida, algún pedazo de pizza.

—*¿Pizza?*

—... o empanadas.

—*Me imagino que serían empanadas de buena carne.*

—Sí, es claro, ellos no comían de esa carne podrida; comían carne especial. Porque venían, como le digo, dos tipos de carne: carne buena y carne mala, y ellos querían la buena, conocían la buena, así que llevaban siempre la buena.

—*La carne mala, ¿tiene un aspecto muy diferente?*

—Aparte de tener otro color tiene olor, los dedos se pegan. En la fresca, no.

—*Y la gente, ¿seguía yendo a comprar a ese negocio?*

—Bueno, había gente que se iba y al tiempo volvía por la baratura de los precios. Pero seguía siendo lo mismo. Los precios eran mucho más bajos, ¡eso sí!, en comparación con otras carnicerías. En ese tiempo yo tenía las milanesas a cien pesos y en otros lados estaban a ciento treinta o ciento cincuenta. ¡Había mucha diferencia!

—¿Y sus hijas ayudaban?

—Ellas me ayudaban y a veces también mi mujer, para que yo pudiera llegar a hacer todo. Pero las chicas siempre ayudaban porque yo no podía hacer todo. No era tanto el trabajo, lo que era, era la limpieza que había que hacer, lavar toda la carne todos los días, eso era el trabajo que había.

—¿El señor Latuada tenía a sus chicas como empleadas también?

—No, es que ellas ayudaban al verme así.

—Y si él le hubiese pedido, ¿usted habría aceptado que ellas trabajasen allí?

—Y... eso no sé. Es que en Santiago del Estero, el patrón de uno, el patrón... ¡dirige bien! Me acuerdo, por ejemplo, me acuerdo que viene al rancherío pero respetando y dice, un ejemplo: "Mirá, Sindulfo", o: "Mirá, Timoteo, yo tengo un hijo chico y necesito llevarte una hija para que me lo cuide al chico". "Sí, patrón", decimos nosotros, "yo tengo a la María, la Loreta, la Timotea, usted elija, ¿qué edad quiere? ¿De nueve, de diez para que se acostumbre a la casa?" Entonces el peón le da la hija con papeles y todo.

—¿Y puede entregarle varias hijas, dos, tres?

—Claro, porque es como si se las entregara..., no sé, ¡al padre! Y así las llevan para servir en Buenos Aires a veces; ¡cómo no va a confiar!

—Pero puede que no la vean después en años.

—Y, sí... ¡o nunca más! Pero eso no importa.

—Y las chicas, ¿qué dicen en esos casos?

—Las chicas nada, qué van a decir. Ellas buscan la sumisión que ya traen.

—¿Esa sumisión es como una herencia o alguien se la impone al peón? ¿Me entiende la pregunta?

—Sí, entender la entiendo, pero... pero eso no sé yo.

—¿A qué hora se levantaba para trabajar en la carnicería?

—Yo muchas veces a las tres de la mañana. ¡Y tantas veces no dormí y me amanecía! Cuando mandaban mucha faena me quedaba yo y se quedaba mi señora hasta el otro día, porque muchas veces aparte de mandar carne podrida, mandaban carne de decomiso.

—¿Qué es eso?

—La carne de decomiso, según creo, es la que en el matadero va a Bromatología, porque está enferma con la aftosa. Y debe ser ahí que la tajan bien tajeada. Y esa carne tiene mancha, manchas amarillas; y no sé en qué forma la sacaban y la traían de noche, en el camión. Entonces nosotros, al otro día, tenemos todos que arreglar esos tajos en pedacitos y ponerlos en el mostrador y enseguida a la heladera. Abajo, siempre abajo, ya le digo.

—Quiero que me diga, concretamente, ¿qué sentía usted ante todo esto?

—Yo siempre me sentía un dolor adentro, ¡un gran dolor, dolor, dolor! Pero yo me decía, como me decía mi señora: “¡Dios tiene que castigarlo! ¡Dios tiene que castigarlo porque él no es ningún Dios!” Yo nunca vi, nunca había tenido un patrón así. A veces yo no tenía ni ganas de trabajar. Veía a la gente muy buena, alguno que otro muy pobre que venían a comprar un pedacito de carne, un pedacito... Eran todos humanitarios, ¡por qué tenía yo que hacerles eso! Porque el patrón me mandaba. Yo le decía muchas veces esto que le cuento y el patrón me decía: “Vos tenés que venderme todo, si no no te pago. ¡No te pago, entendés!” Y así... Entonces empezaba a insultarme. Y yo no podía decirle nada. Yo trataba por todos los medios de hacer las cosas mejores, pero por dentro estaba deshecho. Él había echado a mi señora de su casa, donde ella trabajaba. La echó por su ocurrencia, sin ninguna razón. Ella iba a trabajarle a eso de las ocho, y algunas veces estaba a las seis o siete de la tarde de vuelta por la casa. Y ella es bien guapa, como quien dice. Iba a trabajar allí, tenían tres terrazas, y la dejaban encerrada; baldeaba todo, enceraba, limpiaba los vidrios, lavaba, y a la novecita ya se volvía, y todavía llegaba y me ayudaba con la carne podrida. Todos nosotros ayudábamos.

—Y *Latuada* le pagaba a su mujer con cosas, con comida.

—Le pagaba poco y nada, casi siempre nada, porque ella... Ya le digo, no conoce la plata, tampoco sabe leer, y ella me contaba que el patrón, este patrón... le pegaba a la señora de él, la maltrataba mucho. También me dijo mi señora que a uno que vino a hacer el embargo mi patrón lo amenazó y sacó un revólver. Mi señora eso lo vio desde la cocina, donde estaba trabajando. A nosotros eso nos daba bastante miedo; porque el patrón era muy, muy nervioso. Nunca le vi en todos los años una sonrisa, nunca estaba contento con nada. Yo le limpiaba la carnicería y se la pintaba para darle el gusto, para que esté contento, porque daba pena verlo siempre así. Pero se ve que Dios no lo hizo bueno...

—¿Y su hijo también trabajaba para él?

—Sí, bastante tiempo. El patrón lo agarró a mi hijo, que es hijo de mi señora pero es como mi hijo, y lo puso a trabajar en la carnicería, primero para pintarle el local de todas las carnicerías que el patrón tenía y después también para vender carne podrida.

—¿Qué hizo su hijo?

—Y aparte de eso lo mandó a vender verdura y, cuando no vendió un tanto, lo insultó, lo insultó igual que a mí me insultaba, le dijo de todo, le dijo que le iba a pegar. Y el chico se asustó y se fue. ¡Es que no le pagaba! El chico un día se durmió en el colectivo y perdió la ropa. Era muy chico, habría de

tener doce o trece años...

—¿Y en un espacio tan reducido como el que tenía usted en la carnicería, podía vivir con toda la familia?

—Es que el patrón odiaba a mi señora. ¡La echó! Mi señora tenía que andar por ahí porque él después no permitió más que ella esté. La echó varias veces, dijo: “No vaya a ser que esa negra se aparezca por acá”. Así le decía, “esa negra”. No sé... el patrón la odiaba, pero no sé por qué... Ella le hacía de todo y es analfabeta, pero ella es buenita y muy trabajadora es. Él me decía: “Si veo por acá a esa negra que es mujer tuya, la echo a patadas y te voy a echar a vos con toda tu familia”. No quería para nada que estuviéramos juntos allí. Los días sábados era un infierno en la casa porque cuando le iba a entregar el promedio de la venta de los días, ¡allí le agarraba! Decía de todo: “¿Por qué no vendiste? ¿Por qué me robaste?” Yo vivía temblando los días sábados, porque el patrón venía muy nervioso, a gritar, a insultar, se la agarraba con todos.

—Los tenía a todos zumbando.

—Sí, todos teníamos que trabajarle, todos teníamos que trabajar para él, teníamos que lavar la carne, pero él no era reconocido, él no era reconocido para nada. Él recibía muy mucha carne, toda podrida y todos teníamos que trabajar y ayudarnos.

—Una vez más le pregunto, ¿por qué no se iban?

—¡Y si no teníamos dónde ir! Aparte, le digo que hacía ya muchos años que estaba con él, y con mi edad y los chicos ¿a dónde íbamos a ir? Todo por eso. ¡No es fácil, no es fácil! Ya el mismo Vallejos me decía: “¿Por qué no te vas con tu gente?” Además, esperábamos. Esperábamos, teníamos confianza en Dios, que las cosas mejoren. El patrón seguía siempre prometiendo la casa, que iba a pagar bien, que iba a aumentar, que iba a dar plata. Y cada año me prometía que me iba a dar casa. Y yo no tenía salario, no tenía vacaciones ni aumento ni nada, sólo un sueldo que no alcanzaba ni para comprar... Él era muy rabioso; ¿no le digo que siempre me amenazaba? Vivía, al final, amenazándome a cada momento.

—Era un hombre cruel.

—Sí que lo era. Un día me corté un dedo y ya se vino y me quiso echar. Le mostré. Le digo: “Pero mire, patrón, me saqué* el dedo”. El dedo me quedó colgado por una telita y así estuve hasta no sé qué hora de la noche y él ahí y mi señora le dice: “Señor, haga algo por mi esposo que se está viniendo en sangre, mire cómo está tirado ahí, no tiene ni color”. Y bueno, burlándose él agarró y me llevó cuando le pareció momento. Y me dice: “Ponete un trapo, no me vas a manchar el tapizado”. Al otro día mandó a otro empleado porque... yo pienso que del

* Sajar: cortarse mientras se trabaja con la carne. (N. del A.)

dedo este no me sentía bien. Pero aquí donde me ve, yo soy o era un hombre fuerte, ¡nunca me enfermaba! Entonces viene ese otro empleado que mandó el patrón diciéndome que estoy despedido, que me busque dónde ir.

—¿Mandó a un nuevo empleado para darle esa noticia?

—Mandó, sí, mandó a otro y yo estaba entreabriendo mi puerta, porque ahí mismo teníamos la piecita y adelante estaba el negocio, y el señor entró donde estoy yo y me dijo que quería hablarme. “Perdóneme”, le digo, “pero estoy como enfermo”. “Bueno”, me dice, “lamento lo que le voy a decir, pero dice el señor Latuada que se busque dónde ir porque acá ya no trabaja más”. Así pasó.

—¿Y después?

—Y después volvimos a arreglar y seguí trabajando. Él me hacía cada vez cosas así.

—En esa oportunidad, ¿usted le pidió perdón?

—Perdón no le tenía que pedir, porque yo al patrón no le había hecho nada. Como era él, ¿vivo? Le dije: “Por qué tiene que ser así: en los años que estoy yo, ¿qué le hice a usted para que me haga esto?” Y parece que se convenció. Y así me quedé y me tragaba todo.

—El problema del dedo, ¿cuándo ocurrió, más o menos? ¿Fue mucho antes del hecho?

—Antes, antes, bastante antes. Al patrón no le

importaban las enfermedades. Un día... porque él tenía un teléfono en la casa de los viejitos que eran los dueños del local. Un día yo le estaba hablando por teléfono y no sé qué me pidió él de carne y yo venía muy, muy nervioso, porque siempre me insultaba, y fui a atender el teléfono y me caí al suelo, desmayado. Desvanecimiento, mejor dicho. Todo de los nervios, de todo lo que él me hacía y lo que él me decía.

—¿Y qué hizo él entonces?

—Él no era un patrón de auxiliar a sus peones, ni vino ni le importó nada. Llamó por teléfono porque a un cliente le tenía que mandar no sé cuánta cantidad de carne y ahí fue que, al atender el teléfono, de miedo que me grite, que me putee, ahí no más me desmayé. Mi señora siempre decía: “Esto va a terminar mal”. Se ve que ella veía que yo estaba muy cansado, o que él se iba a perder, no sé, no sé, pero ella lo decía así, siempre, por el patrón, por ella, por todos. Es que veía que el patrón me maltrataba mucho, mucho, ¡a toda la familia! Con decirle que un día se puso muy mal de salud mi señora, y yo voy a pedirle dinero y él dice: “Yo no doy dinero, el único día que pago son los sábados. No doy plata a nadie”, así contesta. Entonces una hija mía, la de veintidós, le pide que le dé dinero para llevar a la madre al médico y él le dice que le trabaje el negocio, que lo demás no le inte-

resa. "Lo que me interesa es mi negocio, no me interesa de los enfermos". Era duro y de mal carácter y no le importaba de nadie nada, así se esté muriendo; a él lo que le importaba era que le trabajemos en la carnicería y que le rindamos la media, que le demos el dinero. Y nada más.

—¿Su señora debió irse a otro lugar con los chicos?

—Sí, sí, patente. Andaba por allí en la villa, una villa miseria, rodando, y muy poco nos veíamos al final. Porque él no permitía, ya le digo. Aparte que yo no tenía ni tiempo para verla, porque si me movía de ahí iba a decir que la andaba espiando. ¡No me podía ni mover de la carnicería! No era dueño de poder hablar con mis hijos y mi mujer, de poder, cuando estaban enfermos, ir a verlos... nada, nada. Yo debía estar permanentemente en el negocio, porque parecía que el que me espiaba era él, siempre amenazando, siempre mintiendo y ofertando. Y yo me cansé, me cansé muy mucho en todos esos años. Pero nunca, jamás, nunca, le tuve odio al patrón, siempre traté de contentarlo. Mi señora sí. Ella le tenía mucha bronca, mucha bronca le tenía, porque él me molestaba.

—¿Sus hijos lo enfrentaron alguna vez?

—¿Al patrón? Sólo una vez mi hijo, una vuelta que le dijo: "Quiero saber qué pasa con mi papá, que las veces que habla por teléfono, usted lo insulta".

Entonces él se enojó todavía más y le dijo palabras feas a mi hijo, le dijo: "¡Vos tenés que aprender a lavarte el culo y después hablás, mocoso de mierda, carajo!" Y el chico le dijo: "Yo no sé qué tiene usted con mi papá, que no puede hablar con usted porque usted va y lo insulta. ¿Por qué lo trata así?" Y el patrón lo insultó; él era así.

—¿Usted nunca tuvo intención de denunciarlo?

—¿A quién... al patrón? No, pero no, no, nunca. Además ¡no le podía hacer nada! Si él andaba siempre en juicios y siempre ganaba, siempre amenazaba. Usted sabe, porque ahí en el juicio del expediente lo dice, que él tenía antecedentes en la Policía y que tuvo muchos problemas con la justicia. Hay muchos líos, juicios y más juicios en la hoja de él. Y sin embargo estaba y tenía banca en la Casa Rosada ¿vio?

—Con la policía, ¿cómo andaba?

—Y... ¡andaba bien, muy bien! De todas las carnicerías él les daba carne buena. Así que yo ¿qué iba a hacer? Yo no podía hacer nada. También le llevaba carne a Cámpora en un tiempo.

—¿Al ex presidente?

—Sí, sí, y también a un doctor Del Prado. Un día a Cámpora le llevé una paleta, pero de lo mejor que había, y otra vez le llevé lomo, un lomo que yo mismo había lavado con lavandina y agua con pimienta la noche anterior.

—¿Quiere contarme cómo se precipitaron los hechos?

—El problema fue que... Nosotros estábamos en Luis Viale, después vino el desalojo porque él no pagaba el alquiler y a mí me trasladó a la carnicería de la calle Olivera, entonces yo ya no podía ver más a mi familia por el tanto trabajo que había de lavar pollos, carne y todo. Mi señora, al principio, cuando cerró Luis Viale, se quedó viviendo allí con los chicos, en la casa que me habían prestado los viejitos. Después vino un juicio también para ella y hubo que desalojarlo todo. Después alquilamos una piecita para ella y los chicos ahí cerquita. Yo la podía ayudar muy poquito porque el patrón no me daba plata. Y así se tuvo que ir a una villa miseria cerca de donde yo trabajaba, ¿vivo? En Olivera.

—¿Y dónde vivía usted?

—Ahí mismo vivía, en la carnicería, en esa piecita que está en la foto del juicio, que la doctora me mostró en Tribunales. Él me dio esa piecita porque yo mismo un día le pedí para dormir, porque tenía que lavar la mercadería de noche. Y me dio esa cocinita con esas ratas. La señora de él me llamó y me dio unas colchas y ropa vieja para que pudiera... porque no tenía dónde tenderme y era invierno y había muchas ratas, ¡cualquier cantidad de ratas! Yo tuve infección en las dos piernas por las picaduras. Tan es así que cuando debía ir a la casa del patrón me arremangaba los pantalones y así iba caminando. De la carnicería eran siete cuadras a la casa de él. Yo

iba caminando y venía caminando.

—¿Y por qué se arremangaba el pantalón?

—Porque no podía soportar el roce. Además que dejaba al sol para que cure. El sol cura todo.

—¿No podía ir y volver en colectivo?

—Sí, claro, pero yo nunca ventajeé al patrón, a ningún patrón. Él, por ejemplo, no quería que yo gastara en nada, y yo nunca me compré alguna cosa. ¡Ah, sí! Una vez me acuerdo que me compré una bufanda. que costaba veinte pesos, ¿no? Y cuando fui a decirle que esos veinte pesos yo los había sacado de la caja y se los anoté en el cuaderno que llevaba. Y me dice: “Che, esa bufanda tan cantora, ¿a quién se la robaste?” Le digo yo que la compré. “Y, ¿de dónde sacaste la plata?”, me dice. Le digo de la caja, y le digo que se la anoté en el cuaderno. Él, para comprobar si era verdad, se vino a ver... ¡y estaba anotado! Jamás le saqué un peso.

—Y usted, ¿manejaba la caja?

—Siempre la manejé yo. Una vez perdí y después encontré doscientos cincuenta y ocho mil pesos, de esto hace más o menos unos catorce años, ¡era mucha, mucha guita! Y bueno, los perdí. Entonces, me dijo así: “Mirá, hacé el itinerario de la casa de donde saliste, a lo mejor te sacaste la camisa”, y bueno hice así. En la carnicería tenía los ventiladores y una percha para ropa, así en la pared; entonces hago así y, como un milagro... yo creo mucho

en los milagros, cae un papel blanco. En esa época no existían las bolsitas y poníamos la carne en papel. Y bueno, ¡ahí estaba el paquete con los doscientos cincuenta y ocho mil pesos! ¡Me dio una alegría, vea, cualquier cantidad! Yo también a veces mandaba al pibe que es de mi señora para que le entregue la plata. Nunca le faltó nada al patrón.

—*Así es que el chico no quería trabajar para Don Latuada.*

—Al principio sí, pero sólo trabajó creo que unos cinco meses y después me dijo: “Mirá, me están haciendo igual que a vos y me voy a salir de acá”. Entonces salió nomás del trabajo ése de la carnicería y se fue a trabajar en empapelar paredes.

—*No habrá querido seguir su mismo destino.*

—¡Porque no aguantó más! El chico no aguantó, no quiso. Ya una vez me había dicho: “Sabés lo que me están haciendo? Voy temprano, preparo la verdulería, preparo la carne y después, al final, cuando cierro, el hijo del patrón me lleva en el coche para pintar los locales de las otras carnicerías y las heladeras, ¡yo no alcanzo!”, me dice. “Cuando es hora de abrir, vuelve el hijo y con el coche me lleva para que termine de pintar, después de vuelta a la carne podrida y así hasta la noche. No puedo, no alcanzo”, me dijo el chico. Se ve que el chico ya pensaba solo, no como en Santiago, que el hijo del peón ya viene pensando que tiene que servir al patrón.

—*¿Cómo ocurrió concretamente el hecho?*

—Bueno, yo le voy a contar exactamente cómo pasó. Ese día el patrón me había mandado tres medias reses de ciento setenta kilos. Así me dicen los muchachos que bajaron la carne: “Mirá, ahora te mandamos tres medias grandes y podridas. Cuando no haya gente en la carnicería las vamos a bajar y vos las metés rápido, directamente en la heladera”. Así fue. Cuando se fue la gente descargamos y las pusimos adentro; tenían un olor insoportable. Pero bueno, las ponemos adentro de la heladera y ellos me dicen: “Descuartizalas esta noche, porque si la dejás para mañana esto va a estar repodrido. ¡Ya están repodridas!” Bueno, así fue. Al otro día yo me levanto a las cuatro de la mañana... Yo era rápido para descuartizar, preparé los tachos con bastante lavandina y después iba largando a los tachos toda esa carne verde, verde, verde. ¡Pero no se podía del olor y eso que lo hice rápido! Hice también quince paquetes, todos de carne bien podrida, con las bolsas de nylon y los iba poniendo adentro. Los ataba bien, para que cuando yo abriera la heladera delante de los clientes no se sienta el olor. Porque a veces abría la heladera con los trozos de carne afuera del nylon y la gente se me iba por el olor que largaba la heladera. Entonces até dentro más o menos quince paquetes, bien atados, en la heladera, en el piso. Como a las once y media de la mañana viene

una señora, me tira la carne al mostrador y me dice, muy enojada: "¡Esto está podrido, ni los perros lo comen!" Bueno, entonces yo agarré y le di un pedazo de peceto que estaba más o menos bueno; le di la carne y se fue... Pero estaba tan enojada la señora que me quedé muy remordido. Pero antes... ¡ah, faltaba una cosa! Cuando yo abrí la carnicería ese día había un señor en la puerta; había sido que lo mandaba el patrón para que ayude en la caja. Me dice: "Mirá, Víctor, me mandó Don Latuada para que te ayude. Voy a estar solamente ocho días y después me voy, vas a quedar solo otra vez".

—¿Pero no me dijo que la caja la manejaba sólo usted?

—Por eso mismo me malicié que era como desconfianza del patrón. ¡Si yo nunca le toqué un peso! ¡Ni lo haría! Para colmo, esa misma mañana me había venido a ver una clienta y me dice: "Yo a su señora la vi con un tipo". Me quedé pensando y pensando, muy mal y muy nervioso y por demás cansado que andaba. Entonces fue que le digo a esa persona que me mandó el patrón, que se llama Riera: "Si viene hoy mi señora, yo la mato". Bueno, después me salí a la calle, di una vuelta por la vereda del negocio, pensando y pensando y volví adentro otra vez y me corregí. El hombre, el señor Riera, estaba sentado y le dije así: "No, no la mato. No la puedo matar a mi señora. ¿Sabe por qué? Porque

cómo voy a saber si es cierto que una mujer que sufrió tanto", le digo, "tanto que ha sufrido... ¡cómo la voy a matar!" Bueno, y la cosa quedó así. A eso de las doce o doce y media llegó el patrón. Tenía un coche Ford Falcon color verde. Se baja, entra. Él nunca me saludó a mí, nunca, y lo saluda al Riera, al amigo de él que me mandó a vigilar. Va y abre la heladera y mira el piso y, aunque él ya lo sabía, me dice: "¡Víctor!" Cuando me decía con esa voz, como gritando, yo ya sabía que era para insultarme. Por eso yo nunca quería que me nombre por mi nombre. Yo estaba deshecho por dentro, no hallaba qué hacer, porque él me había dicho en esos días que si yo no vendía la carne me iba a echar de la carnicería y le iba a hacer cualquier cosa a mi familia. Entonces yo, por eso, aguantaba todo. ¡Todo! Yo nunca pensé en pegarle, mire cómo son las cosas: si yo hubiera pensado algo... Pero no, nada, completamente nada.

—¿Nunca sintió ganas de vengarse o de agredirlo?

—¡Al patrón! ¡Nunca, jamás, jamás! Eso es lo que digo yo... ¡cómo puede decidir uno una cosa así en quince segundos! Entonces él va a la heladera, y yo me sentía muy nervioso, pero muy nervioso, ¡y no quería que me nombre! Porque cuando me nombra, ¡yo ya sabía! Era para putearme, y yo sentía vergüenza. A veces había gente, había clientela, muchas

veces me salvó la clientela: una vez había gente y se la agarraron con él, le dice una señora: "¿Por qué le hace a este hombre así?" Entonces el patrón dijo que era porque encontraba un pedazo de carne podrida. Pero, ¡si él la mandaba, él! Entonces, ese día, como le digo, miró adentro de la heladera y me dice: "¡Víctor, y esta carne!" Le digo: "Es la carne que usted me mandó y yo ya corté", y fue allí que cierra fuerte la heladera y se viene al lado de la caja. La caja estaba, por ejemplo, así. Y él se pone ahí, muy cerca de los cuchillos del trabajo, que eran todos muy afilados y muy buenos, y ahí me dice de vuelta "¡Víctor!" Y ahí nomás le empecé a dar. Se ve que agarré el cuchillo... ¡Y le di! ¡Le di, le di, le di, le di! Él caminó como pudo para afuera, y tropezó y cayó boca arriba, y me le fui encima y le di las dos definitivas, acá y ahí. Y quedó ahí, nomás.

—*Es decir que Latuada, ya herido, intentó salir del negocio...*

—Salió del negocio. No sé si... Porque siempre andaba con armas, con un revólver. Yo creo que él, al sentirse herido, iba a buscarlo, fue hacia el coche a traer el revólver. Eso no lo sé yo, no lo sé, pero eso creo yo. Ahora, al cuchillo yo después lo vi en el mostrador. Y hasta ahora no sé, no sé si me lo agarró la policía, el policía que apareció allí o fui yo mismo que lo volví al mostrador. ¡Eso no lo sé! Me acuerdo bien que el policía me hizo poner con-

tra la pared hasta que llegaron los patrulleros... Eso me acuerdo. Pero no recuerdo dos cosas, sólo dos cosas: cuándo fue que agarré el cuchillo y cuándo lo dejé después en el mostrador. Hasta el día de hoy, aunque hago y hago memoria, no sé.

—*¿Recuerda, en cambio, que atacó a Latuada con el cuchillo?*

—¡Ah, sí, eso lo recuerdo bien, cómo no! Lo recuerdo; fue rápido, rápido, y el cuchillo era muy filoso.

—*¿Cuántas puñaladas le dio?*

—Bueno, según dicen, que estaba en el diario... yo no me acuerdo. Catorce, dicen que catorce. Afuera, en la vereda, fueron dos... y ahí terminó. Entonces el policía me dijo: "Vení, Víctor", me puso contra la pared con las esposas hasta que vino el patrullero y después me llevaron a la comisaría.

—*Cuando se vio preso, ¿se puso a pensar en lo ocurrido?*

—A pensar, sí. Pensé. Pensé mucho... yo siempre pienso mucho. Yo pensaba en los chicos y en mi mujer. Sí que pensaba mucho en ellos, y me encontraba muy, muy arrepentido. Se imagina, doctor... ¡matar al patrón!

—*¿Arrepentido por sus hijos y su mujer?*

—¡Por mis chicos y mi señora, sí, señor! ¡Qué pensarían ellos cuando lo iban a saber! Yo pensaba que se iban a quedar solos y que yo no iba a salir

nunca más del encierro; porque el patrón era muy poderoso, tenía plata, él tenía plata y cuñas y amigos en la Casa Rosada. ¡Yo no tenía nada! Yo me encontraba solo, me decía: "No salgo más, no salgo más". Tan es así que yo quise suicidarme cuando me vi en el calabozo. Hice un intento así: subí a una cama y me largué bien de cabeza, con la cabeza así.* Allí vinieron los oficiales que había, los conocía a todos, yo. Y me dijeron: "¡Pero no hagas eso! ¿Para qué más muerte? No hagas eso, pensá en tus hijos, en tu familia." Así me dijeron, y bueno... También me dicen: "Aparte, nosotros lo conocemos a tu patrón, lo conocemos muy bien, ¡nadie lo puede ver! ¡Es un tipo que nadie lo puede ver!" Así me decían en la comisaría. Había uno que me decía, uno que era... no sé qué cargo era: "¡Vos vas a salir pronto, ya vas a ver, vas a estar siete meses o algo así y salís! No es para tanto". Bueno, ahí me fui calmando.

—¿Lo trataron bien en la comisaría?

—Sí, siempre, siempre, muy bien, muy huma-

* En el expediente figura tal intento y las lesiones sufridas. Estando en el calabozo, incomunicado, Víctor golpeó varias veces su cabeza contra la pared y luego se arrojó desde la parte superior de una cama litera, produciéndose un desmayo y lesiones en la cabeza y en la frente, que luego fueron constatadas por los médicos forenses. Víctor declaró en el expediente penal que había intentado matarse al pensar en el desamparo en que quedaría su familia y en lo que sus hijos pensarían de él. Dijo también que no podía sobreponerse a los remordimientos que sentía por haber matado a su patrón. (N. del A.)

nitarios. Yo ya los conocía, aunque no sé si ellos sabían cómo me trataba el patrón, no sé. Pero la policía sabe todo, todo. Mire, yo... yo no tenía salida. Al decirme el patrón que yo tenía que venderle todo, ¡los quinientos kilos...! Aparte, yo ya no podía más, ya sabía que no podía. Él me dijo que si yo no le vendía, no me pagaba tampoco, que me iba a echar, y decía: "Te voy a hacer a vos y a tu familia lo que se me dé la gana. Tengo amigos que te van a hacer boleta". ¡Cualquier desgracia nos podía pasar! Pero nunca pensé, le juro... yo nunca pensé... Fue esa cosa cuando me dijo: "¡Víctor!" Por eso. Yo nunca quise que me nombre. Porque todas las veces que me nombraba, en los diecisiete años, ¡todas, todas las veces!, era para putearme. Y así siempre, siempre. ¡Era como un tajo que yo tenía, que se volvía a abrir cuando él me nombraba. ¡Yo no quería que me diga el nombre! Nunca me saludó, nunca quiso conversar tampoco y, si alguna rara vez conversó conmigo, fue para aborrecerme, para mofarse de mí, pero nunca para conversar.

—Cuando ocurrió el hecho, ¿había gente en la carnicería?

—Era mediodía y yo, en ese momento... Cuando lo pienso ahora, creo que me agarró como una... como si yo hubiera estado dormido y hubiese despertado. ¡Así me encontré yo! Tan es así que el cuchillo, ¡yo no sé si el cuchillo me lo agarró el policía

o qué! A lo mejor lo puse yo en el mostrador, pero de verdad no me acuerdo. Yo lo vi después en el mostrador, al lado de los otros dos. Lo que me acuerdo, sí, es cuando me dijo que me ponga en la pared, el policía me dijo. Entonces me puse. ¡Ahí me desperté!

—¿Se acuerda del ataque en sí?

—¡Ah, sí, de eso sí! De todo me acuerdo. No del primero o del segundo, pero sí de todos los otros.

—¿No pudo frenarse?

—No, porque yo en el primer momento, ...no sé por qué fue. No sé cómo pasó. Pero después yo lo quería matar, porque si él..., si yo lo dejaba vivo, seguro que él me iba a matar, a mí y a toda mi familia, a los chicos. ¡Ahí yo quise matarlo! Tan es así que, cuando cayó, yo le di dos más.

—Comprendo.

—Claro, es como le digo. Yo, yo, como le digo, a él, al patrón, jamás pensé en matarlo, pero él me ha puesto en una tal situación que no podía salir. Yo he pensado mucho, muy mucho... He pensado que era como un destino mío a cumplir. Yo me decía, antes de esto: "Si no le vendo carne no me va a hacer nada. No me pagará y nada más." Pero yo necesitaba vivir, aunque sea algo, unos pesitos, para darle a mi señora por lo menos. ¡Y yo no tenía nada! Quería alquilar para que no anden por ahí rodando los chicos, la mía y los de mi señora, que son como míos, porque nos queremos mucho. Y, bueno

fue así. Cuando él llegó se bajó del coche y entra y saluda al Riera ése... Y a mí nunca me saludó, para resentirme más, sería. ¡Y se va derecho a abrir la heladera! ¡Yo jamás, pero jamás, pensé en tocarlo, en pegarle! ¡Nada, nada de eso! Fue de golpe, cuando me dijo: "¡Víctor!". Me puse... Yo no quería que me nombre.

II

—*Víctor, en todos estos meses, pasado año y medio del hecho, ¿ha vuelto a pensar en lo ocurrido?**

—Siempre pienso, sí. Cada vez más. Pienso y pienso.

—*¿Qué piensa?*

—Yo... Vea, jamás pensé que hubiera cometido eso, otra cosa no sé, yo pienso eso. Una, que yo fui uno que dije siempre: ¡no hay que matar! Pienso eso. ¡No hay que matar! Siempre dije eso y sigo insistiendo en eso. Yo a veces le decía a mi señora, yo era uno de los que decía: por qué no los fusilarán. Siempre dije así. ¡Y me viene a tocar a mí eso! ¡En quince segundos! Yo en brujerías no creo, pero muchas veces creo, parece que existieran. Tan es así, mire, que

* Se trata de una segunda grabación tomada seis meses después que la del capítulo anterior, cuando Víctor vuelve a Buenos Aires a fin de someterse a una pericia médico-forense. (N. del A.)

yo me volví evangelista, me evangelicé. Fuimos a Mitre, en Santiago del Estero, y le digo a mi señora: "Vamos a cambiar de religión, porque me parece que tendremos más suerte". Yo, cuando salí en libertad, fui a la casa de Santiago del Estero y hablé muy mucho con la asistente social, y ella me hizo rezar dos oraciones evangelistas y me dijo: "Usted se va a ir a Santiago sin trabajo, sin plata, son seis en su familia, y allá no hay vivienda. ¿Cómo van a hacer?" Le digo: yo no sé.

—¿Por qué seis?

—Claro, con mi cuñada, éramos seis. Bueno, lle-go a Santiago del Estero con setecientos pesos, nada más. Éramos seis, vamos a la Plaza con todos los bultos, entonces yo me voy caminando por la Casa de Gobierno, por Turismo, por la Municipalidad. Y no pude entrar porque había un acto con gente. En-tonces agarré y me volví otra vez para la Plaza, y le dije a la piba que ahora tiene trece para catorce: "Vamos por Colón, a lo mejor por acá conseguimos algo". Marché una cuadra y media. Estaba un señor sacando unas camas en un carro, entonces le digo: "Señor, ¿no sabe si alquilan por acá?". Él dice: "Acá no alquilan, nunca han alquilado, el alquiler es muy caro". Pero también dice: "Acá es una escuela, es un aula de la escuela que tiene ocho metros de lar-go por seis de ancho. Yo la desocupo en este mo-mento, metete ahí." Y ahí me metí, y ahí vivo hasta

hoy, que vine a Buenos Aires para verlo y hacer la pericia.

—¿Allí sigue viviendo con sus hijos?

—Sigo ahí, todos juntos, sí. En el suelo vivimos porque todavía no podemos comprar nada. El señor del almacén me dio una camita vieja que era de la madre de él. Del colchón que me dio, yo hice dos. Y eso es lo que tenemos en el piso, y hasta ahora vivimos durmiendo ahí, pero todos juntos. ¡Cambié de religión y cambié de suerte! ¿Usted quiere saber por qué me evangelicé? Yo no podía caminar casi del dolor de los huesos de la pierna, y un día le digo a mi señora: "Vamos a ver, dicen que hay muchos que se evangelizan y sanan, ¡qué se yo!". Entonces voy, y a los dos días, no me dolía más! Este brazo tam-poco lo podía mover, y todavía no lo muevo mucho, pero el hinchazón se me fue. Porque yo limpio allá jardines y todas esas cositas, entonces se me hincha un poco, cuando trabajo se me hincha un poco, pero cada vez menos... Es de la articulación; parece que tuviera algo y eso es lo que me duele, pero cada vez va desapareciendo más, porque me dicen que el cli-ma es el que me hace bien. Bueno, entonces ya no se hincha; cuando trabajo sí se pone medio hincha-do. Y, la pierna yo no podía mover, para levantar-me de la cama me ayudaba mi señora.

—¿Lo vieron los médicos cuando estuvo preso?

—Sí.

—¿Y cuando estuvo en la comisaría?

—También.

—¿Qué le dijeron?

—A mí me dijeron que estaba bien, y acá en los Tribunales también me revisaron.

—¿Lo interrogaron sobre el hecho?

—Sí, todo, todo.

—Y usted se lo contó tal cual me lo contó a mí.

—Eso es. Siempre igual, ¡sí es así! Y así figura en el expediente. Así figura en el expediente porque así fue, nomás.

—¿El señor Latuada era de físico grande o chico?

—Chico, nomás gordito. Tenía un metro... sesenta. A veces me lo sueño todavía y se me representa. Sí, soñé al hijo y a él varias veces, muchas veces. Inclusive el último sueño que tuve fue que mi señora había ido a pedir trabajo y él estaba, por ejemplo, de traje negro y cara blanca, blanca muy blanca. Serio, él, nunca se reía. Entonces mi señora le dijo: “¿Tendría trabajo?”. La miró a mi señora y le dijo que sí, y después me miró a mí. Cuando me miró a mí, sacó el revólver y me hizo volar... ¡Ahí me desperté! Ése es el último sueño de él; siempre lo sueño igual, igual; al fin me mata y entonces me despierto. Y al hijo lo soñé también varias veces, soñé que no me daba trabajo.

—¿Cómo era Latuada con su propia familia?

—Bueno, hacía poco que el patrón había estado

separado de su señora. Porque siempre se separaba, y cuando se separaba siempre iba mi señora a hacerle las cosas. Y estaba el chico con la madre acá por el centro y él quedaba solo en la casa. La señora había alquilado una casa porque él siempre le pegaba mucho. Tan es así que la familia de la señora no iba a verla a ella porque él los echaba, no se daba con nadie. Y al hijo también lo echó, vivía por acá, por el centro, en la calle Esmeralda, creo.

—¿Qué hacía el patrón con tanta plata?

—Eso no sé. Yo lo que él haría no sé. Siempre andaba en el campo, en las casas que tenía Cámpora, creo que eso es todo de él ahora. Lo que sí sé y pienso ahora es que siempre fui un esclavo, imagínese que yo no podía ni sentarme tranquilo, porque estábamos, no solamente yo, sino toda mi familia, a la expectativa de que podía venir él. Cada vez que entraba a la pieza, nos decía de todo. Un día la nena, que hoy tiene veintiuno, salió a mi favor y le dice a él: “Por qué usted le hace a mi papá así, yo estoy enferma”, dice, porque estaba asmática y ella sabía que era culpa del miedo que él le daba, “yo estoy enferma y todavía viene a enfermarme más”. El patrón agarró y se fue. Y hace menos de un año la llevó a la oficina, la puso a trabajar con él en Santiago del Estero y Chile. La piba ya tenía diecinueve años. Y un día se enfermó la piba, un día lunes, y él la echó. Ella decía que igual no iba a ir

más. Y no le pagó tampoco. Yo fui siempre, le digo, un esclavo, después de los dos años yo fui siempre esclavo. ¡Durante años, o más! Los primeros dos años no, porque yo me quise ir y él me ofertó cosas y no me dejó ir, pero después yo me sentí siempre extraño, todos estos años, y al último ya era una cosa que ¡me daba vergüenza, me daba vergüenza! Yo le decía a mi señora, a veces, cuando venía, porque ningún sábado salía yo a la noche, que las cosas que me hacía hacer el patrón me daban vergüenza, entonces venía y me acostaba.

—¿Por qué dice que se sentía “extrañado”?

—Porque, por ejemplo, allá en Santiago, el patrón llega al rancho de uno y dice: “Mirá, no he vendido el pan o el poroto o el ganado de invierno o me fue mal con los cebadales y no te puedo pagar la quincena”. Dice así, y uno se conforma. El patrón, sobre todo cuando se ha criado en el campo, tiene un afecto con su peonada, que le trabaja bien; nunca se le va a burlar a la peonada, ¿no es cierto? El patrón santiagueño no engaña, uno confía y el patrón no lo va a engañar, no lo va a engañar.

—Y si llega a engañar, ¿qué ocurre?

—No, no, casi nunca engaña y uno no tiene por qué resentirlo. A veces me recuerdo del abuelo Kaliba, que nació completamente esclavizado, ¡más de lo que usted supone! Nació en una casa que tenía patrón y dos patronas, la abuela joven y la abuela

vieja, y llegó a estar ochenta y seis años en la casa, hasta que se murió. Se casó, después se murió su señora y él siguió como pegado a la abuela joven y a la abuela vieja, y terminó como había comenzado, alcanzando mate. Son cosas así.

—¿Usted no sentía odio por su patrón?

—¿Al patrón? Bueno, yo nunca he sido de odiar, ¡que Dios haga justicia! Yo siempre pedía eso, y es por eso que Dios tiene que hacer justicia conmigo. Yo siempre decía lo mismo, nosotros siempre nos manejábamos con Dios, siempre, cualquier cosa poníamos a Dios por delante. No sé si será verdad, qué sé yo. Pero a nosotros, las cosas que nos están pasando... es decir, mi señora, que también andaba muy mal, sanó del todo. Y yo creo que es por esa fe que tenemos. Nosotros hemos visto, en Santiago, en la Estación Terminal, a un chico que andaba hacía años con dos muletas y que ahora camina. También por eso nos evangelizamos.

—¿Tiene usted fe en la justicia?

—En la justicia sí. Creo que gracias a eso... ¡Eso es justicia! Si todas las cosas se hicieran así. Con la plata se puede, lógicamente, pero con la justicia no, por ejemplo hasta ahora yo le digo a mi señora y a los chicos: ¡esto es justicia!

—¿Por qué cree que lo dejaron salir en libertad?

—Yo creo que si me largaron es porque hay justicia, porque yo ni hablar sé bien. Yo no entiendo, nun-

ca estuve preso en ningún lado, por algo es que a mí me largaron. Yo nunca hice más que declarar la verdad, nada más: él me hizo tanto daño y tanto mal. Yo nunca fui capaz de cobrar un aguinaldo, nunca supe de eso, debí sacar los chicos del colegio porque no me alcanzaba el sueldo. Y la nena fue hasta cuarto grado, tiene trece años y la saqué del colegio y ahora está ganando seis mil pesos por mes. Seis mil pesos y mi señora doce son dieciocho mil, con eso es que nos alimentamos nosotros. Y con el piquito que gano yo haciendo el jardín nada más. Y actualmente vivimos en el suelo, dormimos en el suelo.

—Durante todos estos años ¿usted fue acumulando resentimiento hacia su patrón?

—No, porque yo siempre creí en Dios, siempre dije: Dios va a hacer justicia. Siempre así, y nombrando a Dios, como decía mi señora: “Esto va a ser justicia”. Siempre pensamos nosotros así...

—Ahora que él está muerto, ¿piensa usted que Dios hizo justicia?

—Y... no sé. Eso no sé. Hasta ahora... lo que tendrá que ser la justicia, no sé; será que Dios hizo la justicia por mí, si es que hay justicia, no sé. Creo que, hasta ahora, la justicia actuó no a favor mío sino, creo yo, haciendo verdadera justicia. Yo siempre, desde que me acuerdo, he visto injusticias. Por ejemplo, el patrón ganaba juicios con la plata y con las cu-

ñas, y yo no tengo plata, no tengo cuñas, no tengo nada. Y que yo me llegue a salvar de esto, de un tipo tan poderoso que entraba en la Casa Rosada cuando él quería... Entonces, creo que hay justicia, eso es lo que creo yo. Y Dios quiera que haya para todos, creo que lo más grande sería la justicia, ¡pero de verdad, para todos! Si se hiciera justicia como tendría que hacerse, creo que sería lo mejor que puede haber en el mundo, eso creo yo.

—¿Por qué temía que Latuada lo matara?

—Cuando él rumbeó para el coche yo pensé que iba a sacar el revólver, porque siempre andaba con el revólver ahí, en la guantera. A veces lo tenía en la guantera y a veces hasta en el asiento.

—¿Usted había visto el arma?

—Muchas veces lo había visto a ese revólver, ¡todos los sábados! Pero ese día no era sábado. Él andaba siempre armado, todos los días, con el revólver, un revólver negro... Entonces yo le di las últimas dos cuchilladas ahí, que cayó boca arriba, entonces ahí le pegué yo... (Larga pausa.)

—¿Cómo ha encarrilado su vida en este año posterior al hecho?

—Yo me siento con mucho menos peso, porque no creía en la justicia y me siento más aliviado porque creo que está actuando la justicia.

—Y en su interior, ¿se siente liberado del peso que cargaba todos estos años o siente aun más el peso

a causa del homicidio?

—Yo en lo que tuve que cometer pienso mucho.* Como le digo, la situación económica... yo ando muy mal, y estos últimos meses me sentía anímicamente muy mal. Me ataca mucho cuando pienso que maté al patrón y no puedo entender cómo... cómo empecé a matarlo. Yo me sentía mal anímicamente, porque la hija mía me escribió que yo en la causa figuraba como rebelde; sin embargo, yo había hecho las tres presentaciones en el Patronato de Liberados en Santiago del Estero. Yo pensaba: "Será por otra cosa que me llama el juez, ¡seguro me mete en la cárcel, porque esto de estar libre no puede ser! Si yo maté y él es tan poderoso", le decía a mi señora. Y bueno, por ese motivo yo me encontraba muy mal, con el ánimo muy mal, y no podía dormir, no podía. Ella, mi mujer, me ayudaba y me decía cosas buenas, porque yo con mi señora somos pico con pico y ala con ala, como quien dice.

—*¿Cuánto tiempo pasó en la cárcel?*

—Cuatro meses con cinco días.

—*¿Y lo trataron bien, allí?*

—Sí, sí, muy bien. Estuve en la alta, ésa muy alta que está en las calles Pichincha y Caseros. Gente muy buena, los otros presos y los señores guardias. Sólo que... a mí me parecía que los ojos pierden la distancia porque hay que mirar siempre lo mismo, las paredes y eso. Pero tenía una buena ha-

bitación, igual que los otros. Nunca tuve habitación así yo, ni antes ni ahora.

—*¿Prefería quedarse allí?*

—¡No, qué! La libertad de uno de poder caminar, de tomar un mate con quien quiera, es más... Creo yo así, porque ahí en la cárcel ya me di cuenta que uno es más oveja que una oveja, todo se maneja a pito y a recuento. Y a mí no... Pero todos me decían que iba a salir, porque había, hay, creo que hay, presos que saben las leyes, ¡las saben bien! Y me decían ellos: "Usted va a salir", y hubo uno que me conocía de allá, del barrio. No a mí; a mi patrón muerto, y al hijo de él, y a la carnicería. Y me decía: "Quédese tranquilo, abuelo", abuelo me decía, "que va a salir", y el cura también me decía que esto, que lo otro, que tuviera paciencia...

—*¿Ahora se siente mejor o peor que antes? ¿Sufre más o menos que antes?*

—Desde hace un tiempo sí. Pero a veces vuelvo a... mire, vea, desde hace un tiempo me siento con fuerzas para aguantar la situación, como si estuviera más liberado, todas esas cosas. Lógicamente me siento como una cosa... ¡ese homicidio que hice lo llevo permanentemente en la cabeza! Cuando me levanto es lo primero, cuando me acuesto es lo primero que pienso yo. ¡Así siempre, siempre!

—*¿Está arrepentido?*

—Sí, sí, ¡muy arrepentido! Muy arrepentido. ¡Ah,

jamás se lo quisiera a nadie! Es muy duro y yo tengo algo... algo aquí que me duele el pecho cuando pienso. Pero también está... porque yo no podía hablar, no podía nada. Por ejemplo, cuando venía una carne muy especialmente mala, y un cliente la dejaba en el mostrador y decía: "Señor, acá le devuelvo la carne porque está podrida", y en muchos casos estaba el patrón presente y me decía a los gritos para que escuche bien el cliente: "¡Animal, por qué le vendiste esto al señor! ¡Ya te tengo dicho que esa carne hay que desechar y tirar al tacho!" Y así se quedaba hablando mal de mí con el cliente, le decía que yo era un negro que no sabía nada. Y así se iba el cliente y después el patrón me decía: "Esa carne cuesta tanto y tanto; si no me hacés el promedio yo el sábado no te pago y listo". Y él se lavaba las manos, me echaba la culpa para él quedar bien con la gente. ¡Como él no ponía la carne al mostrador, toda la culpa la cargaba yo! Y yo tenía que conformarme, no contestar nada. Porque si, un suponer, llegaba a contestarle seguro que me echaba o no me pagaba.

—*Se siente cautivo por lo que hizo, según me dice, pero también más libre; ¿qué es lo más importante para usted ahora?*

—Es una pregunta que yo entiendo lo que usted quiere saber, pero... ¡yo maté al patrón y lo maté! Claro, yo no tengo escuela, nada, pero al encon-

trarme más liberado, ¡me quedo yo con la liberación! Porque lo otro era un suicidarme, lo otro no prefiero yo, seguir viviendo en esa forma. Yo no podía conversar con mis hijos, usted sabe, ni con mi señora. Y cada vez que venía él yo estaba enseguida en el mostrador, temblando, las manos temblando. ¡Y él sabía! ¡Sí que sabía! Muchas veces mi señora me dijo: "Pero por qué temblás así". Y yo le digo: "No puedo pararme, estoy nervioso, muy nervioso". Le tenía miedo, en una palabra. ¡Eso no era vida! Era suicidio, nomás.

—*¿Cómo ve su futuro y el de su familia?*

—Yo creo que voy a salir al frente. Voy a decirle lo que pienso ahora hacer: si es que tengo suerte de quedarme en Santiago, si el señor juez me deja allá, yo voy a hablar con la señora del gobernador. Dicen que es una señora muy buena. Y le voy a contar las cosas que me pasó a mí, le voy a decir que yo soy santiagueño y que vea lo que me pasó en Buenos Aires y por qué ando así de esta manera. Una razón es porque no tuve escuela, que pienso hacerla si tengo oportunidad. ¡La voy a hacer hasta séptimo grado! ¡En serio la voy a hacer! Y pienso mucho en el futuro de la nena, que tiene trece años y no quisiera tenerla trabajando ahí, pero tengo que tenerla, porque con lo que gana ella y mi mujer y yo en las changas sacamos el sueldo para comer... Y a veces nos llega el PAN.

—¿Qué le pediría a la señora del gobernador?

—Yo le pediría un terreno. En ese terreno, si me dan chapa o lo que sea que dicen que ella da, querría hacerme una casita y criar gallinas. Un terreno para mí y otro para las gallinas. Porque son terrenos fiscales, y dicen que los da sin nada y después uno los va pagando. Creo que criando gallinas, mi señora trabajando y las gallinas las criaría yo y con otro trabajo para mí de sereno, aunque sea, con eso nos ayudaríamos un poco y yo la sacaría a la chica del trabajo y la pondría en la escuela, por lo menos hasta que termine séptimo grado. Así no pasa lo que he pasado yo. Porque a mí no me mandaron de chico a la escuela, como le conté la otra vez. Y mi señora, que es analfabeta y ni conoce la hora ni la plata, es peor todavía. A mucha gente que conozco le pasa lo que le pasa por no ir a la escuela.

—¿Así que le gustaría criar gallinas?

—Sí, es lo más fácil que hay.

—Pero no las vendería podridas, después.

—¡No, cómo! Yo eso jamás haría a nadie. ¡Jamás! Porque yo quiero muy mucho a los chicos, y yo vengo sacrificado de adentro por eso, porque muchas veces vendí carne no tan buena para los hijos de la gente. Y ya le digo, yo a los chicos los quiero mucho. Yo tengo una nietita y no le puedo dar nada. Ella, para comer, ahí en la escuela donde estamos viviendo todos, que es como un conventillo, ella va...

nosotros le decimos a picotear, en un aula, en la otra, allí donde está comiendo la gente. Y siempre algo le dan. Porque nosotros tomamos únicamente mate cocido con pan. Y cuando nos viene la caja del PAN, porque venir nos viene, entonces ahí sí comemos. Pero ya le digo, me encuentro como liberado.

—Aun dentro de su pobreza.

—Sí, eso es. Yo me siento una cosa así.

—No terminó de contarme las razones por las cuales se hizo evangelista.

—¡Ah, sí! Cuando yo salgo en libertad de la cárcel fui a ver qué podía hacer en la Casa de Santiago del Estero, y fue que conocí a la asistente social Galíndez, una señora que es muy buena, que me trató muy bien. Es una chica, yo no sé si señora o señorita. Yo le había contado lo que a mí me pasó y que, si me dejaban el doctor y la doctora de Tribunales, me quería ir a Santiago. Y esa chica me dijo que el gobierno de Santiago era pobre como todo Santiago es pobre y que no daban plata para esas cosas. Entonces, cuando el juez me autorizó a viajar, la señorita secretaria del juzgado me consiguió el pasaje por el Patronato de Liberados. No, así no fue. El Patronato de Liberados le pidió el pasaje de tren al Ministerio de Bienestar Social en la calle Defensa. Fue así. Entonces me voy a la Casa de Santiago del Estero de vuelta otra vez, para hablarle a la asistente Galíndez, que es asistente social, y ella muy

buenita me convidó con café y tortilla y me preguntó de la religión. Yo le dije que era católico y ella se puso a hablarme del Evangelio y que ella era evangelista. Y yo le digo: "Yo quiero cambiar de religión a ver si me cambia la suerte". Y allí me dio para que rezara dos oraciones que yo me di cuenta que serían evangelistas. Y así empecé a evangelizarme. Y ella me dice: "Yo te voy a dar la dirección de un culto en Santiago, por si alguna vez quieres ir. Allí te van a recibir bien, como a un hermano en desgracia". Yo, en Santiago, todavía no fui al culto ese, pero tarde o temprano voy a ir. Pero igual me evangelicé, y mi vida cambió en todo, en casi todo. Me pasaron buenas cosas, ¡muy buenas cosas! Ese día le digo a la chica: "Yo no tengo plata ni sé cómo voy a hacer para alquilar". Porque así estaba yo, y ella me dice: "Para alquilar no hay allá, en Santiago; trabajo tampoco y ustedes son seis, ¿cómo se van a ir sin plata?". Pero me fui nomás. Y allá bajamos los seis, en la plaza. Fuimos para alquilar y no encontramos en ningún lado, entonces yo voy por la Avenida Colón, cuadra y media. Iba con la chica menor y había un señor sacando muebles, que ya le conté. Pasamos como veinte metros más adelante y le pregunto a una señora: "¿No sabe, señora, dónde hay algo para alquilar?". Y ella me dice: "Ahí, donde pasaron, a veces hay vivienda". Entonces volví y le pregunté a ese señor que sacaba muebles. Fíjese usted: recién

llegábamos de la Capital Federal, estábamos en la plaza, no teníamos plata, sólo setecientos pesos, siete de los billetes marrones, para seis personas, y así y todo ya teníamos dónde vivir. Ese señor nos dijo que nos metamos que él se iba. Bueno, ahí nomás nos metimos. ¡Y allí seguimos, nomás! Por eso, aunque yo todavía no me evangelicé del todo, desde hace un mes o mes y medio he venido creyendo en las cosas.

—¿Qué más le pasó?

—Cuando yo vine la otra vez, que lo conocí a usted, yo venía mal, pero muy mal. Pensaba mal otra vez, no sé. Fue cuando me mandó llamar el juez. Yo estaba seguro que, si iba a la Capital, ahí seguro me meten preso y no voy a ver más a mi señora y a la chica, porque yo en la chica, la menor, siempre pienso mucho. Ahora va a tener catorce, en el mes de abril.

—Usted quiere mucho a su hija.

—Yo la quiero muy mucho, porque ha sufrido ella más que los otros y va a cumplir catorce, ya le digo. Recién pasa a cuarto grado y para colmo ahora yo fui a averiguar y no hay vacante. ¡No sé si va a poder ir al colegio! Ahora una maestra quedó de ir a hablar. Yo ya le digo, quiero que estudie hasta séptimo grado, porque más no va a poder, pero hasta séptimo, sí. Aunque sea séptimo. A los otros los hicimos llegar a fuerza de sacrificio hasta séptimo.

¡Ella tiene que llegar también! Y estoy en hacerle conocer la hora y los números a mi señora. Yo aprendí acá, preguntando, en la Capital.

—¿Por qué dice que había vuelto a pensar mal?

—Ya le digo, fue cuando me llamó el juez. Vinieron del Patronato de allá y me dicen que estoy citado, y voy al Patronato de Santiago y me dicen que el juez de la Capital, de mi caso, me requiere. Allí pensé mal y dije: “¡Voy preso!”, y pensé de eliminarme yo y mi señora.

—¿Ella lo pensó también?

—¡No, ella no! Yo a ella no le dije nada. Un día me fui al centro de Santiago y había una droguería que decía *El Indio*, ¿no? Entonces entro adentro y pregunto si había veneno para ratas, pregunté por celio: “¿Hay celio?”, le digo. “No”, me dicen, “ya no viene más, pero el mismo poder tiene esta ampolla, que vale cien pesos”. Y bueno, entonces compré una ampolla y me vine. Mi señora no estaba. Estaba trabajando, eran las diez de la noche y yo preparé dos vasitos. Rompí la droga en un tarro de plástico grande y puse el líquido en un vasito y en el otro vasito. Yo venía dos días sin comer, no comía nada, no podía comer pensando y pensando en la citación del juez. Entonces cuando viene ella le digo: “Yo me voy a eliminar y vos también”, le digo, “ya hemos sufrido mucho, y ahora yo estoy viejo y ya no puedo hacer nada”. Todavía yo tenía ese reuma que aho-

ra, gracias a Dios, sané. Entonces le digo: “Hay que tomar. Yo no quiero ir preso de vuelta, hay que tomar.” Entonces ella lloró. No quería, por los hijos. “Pero, no”, le digo, “hay que tomar, tomá vos primero”. Entonces me miró y lo tomó. Yo sabía que era muy poderoso, si era como el celio. Entonces yo agarré y tomé rápido también. Yo había dejado un poquito más para mí. Estuvimos como diez minutos más o menos y le digo yo: “¿Viste lo que dijo la chica Galíndez de que había que cambiar de religión y que rece yo dos oraciones evangélicas? Bueno, íbamos a encontrar pieza y encontramos. Ahora nos queremos eliminar y no hay caso. ¡Es el Señor, que nos está salvando!” Y ella, mi señora, ya no lloraba y me hacía con la cabeza que sí, que era el Señor. Bueno, eso yo creí. Después pedí que el pibe, que no encontraba trabajo, pedí al Señor que le encuentre trabajo. ¡Y no le digo! Encontró trabajo y las cosas, como si un milagro, nos vinieron todo bien. Por ejemplo, yo vengo acá y ya ve que no me dejan preso, y vea cómo lo vine a conocer a usted, que me ayuda y me defiende y se toma el trabajo de las grabaciones que hacemos. ¡A mí nunca me habían grabado la voz! Y yo tenía como defensora a la que dan a todos los pobres. Cuando yo lo conocí a usted y me habló tan tranquilo, yo más creí todavía. Es así; ¡yo sigo creyendo cada vez más! Ahora, esta chica Galíndez me dio la dirección para ir a un culto allá

en Santiago del Estero, y yo no he ido todavía. Cuando esté ahí sí voy a ir; a lo mejor ella se enoja si no voy.

—¿Pero qué pasó cuando tomaron el veneno; siguieron hablando? ¿Qué sentía usted en esos momentos?

—En ese momento, como le digo, ella lloraba y yo no. Yo me quedé muy tranquilo esperando, esperando, esperando... Pero me fui dando cuenta que no era, porque el celio es otra cosa. Yo había matado muchas ratas en la piecita que me dio el patrón y por todos lados. Yo iba con la miga de pan y le ponía celio a esa miga del pan, y entonces las ratas venían a comer y comían y quedaban ahí nomás; no disparaban, quedaban muertas. ¡Es muy fuerte! Por eso me di cuenta. El líquido era blanco como el agua y bien *caima**.

—¿No sintió dolores en el estómago o algo así?

—Completamente nada. ¡No nos pasó nada! Yo pensaba que era mejor eso que volver a la cárcel. Eso pensaba yo, y pensaba que así no iba a salir nunca más. Porque yo pensaba que el patrón tiene mucha influencia y yo tenía que volver a Buenos Aires.

—Pero el patrón estaba muerto.

—¡Pero queda el hijo, que tiene mucha plata! El patrón, a mí, dos veces me había llevado a declarar delante de los jueces, ¿vio? Así de falso testimonio

* *Caima*: insulso, sin gusto. (N. del A.)

que una vez, la última vez, el juez me dijo que me iba a hacer llevar a Devoto. Me dijo el juez: "Usted está cometiendo falta de testimonio, y lo voy a hacer ir volando para Devoto". Entonces se paró mi patrón, que ahora está muerto, y dijo: "Bueno, yo me hago responsable por todo", y tuvo que pagar y así terminó.

—¿El patrón dijo eso al juez?

—¡Sí, sí, mi patrón, el que maté yo! Él me llevó a declarar y me hizo decir que el Méndez, que era un muchacho que sí trabajaba en una carnicería, no había trabajado para él. Entonces yo hice la falta de testimonio ésa.

—¿Por qué dice "mi patrón" si el hombre está muerto?

—Claro, yo lo digo, por... No sé, es una cosa que yo siempre digo así. No sé.

—Se nota que usted lo respetaba mucho.

—Más bien yo le temía, le tenía miedo. Él tenía una desconfianza de todo, era desconfiado como zorro, y uno tenía como que ganarse su confianza. Porque, mire, vea, que él sea desconfiado lo ponía a uno en la necesidad de que él no sea desconfiado con uno. Y yo cuando pienso profundo, no me atrevo... No sé por qué debía ser así. Yo no estaba tranquilo, era como si yo constantemente y en todo momento debía prestarme a...

—Rendir examen.

—Eso, ¡ahí está! Así yo siempre estaba rindiéndole examen a su mal humor, a su bronca con la vida y con todo; era como si yo tuviera que alegrarlo a él poniéndome triste yo haciéndome trizas, como *piyingo**. Además, yo en tantos años sólo tuve *roce*** con el señor Vallejos, que era como socio o empleado de él; él nunca quería que yo trate con otras personas porque a veces dejaba ahí dinero de otros negocios, y yo iba a la casa y le entregaba a la señora, a la patrona. Tal vez por eso no quería que yo tuviera roce con la gente, para que la gente no sepa del dinero, no sé. Tampoco quería que yo hable de que él iba a la Casa Rosada y de los teléfonos... Y en el diario salió que yo era amigo del patrón. ¡Yo no era su amigo; yo era su esclavo! Su esclavo de confianza, de él y nada más. Él sabía positivamente que yo nunca había hablado con nadie, porque él no quería que se sepa donde él tenía la plata y era así. Porque a veces venía mucha plata, cualquier cantidad, de todos los negocios. Y él me dejaba toda esa plata a mí y yo iba a llevarla a la casa. Pero yo no sé por qué los diarios dicen que soy amigo. Primero que: ¿cómo voy a ser amigo del patrón? Yo nunca fui amigo de ningún patrón; yo siempre trabajé en las cosas más pesadas para un patrón, y nunca tuve

* *Piyingo*: destrozado, figuradamente; con gran dolor moral. (N. del A.)

** *Roce*: contacto social. (N. del A.)

pelea y esas cosas, tampoco nunca me emborraché. Pero amigo, lo que se dice amigo, ¡nunca, nunca! Lo que dice el diario sólo es invento. Porque si él me enseñó a “preparar el mostrador”, para cuando viene la clientela y me decía: “Bueno, tené preparado más o menos un litro de agua con tres paquetes grandes de pimienta, la rejilla bien blanca empapada ahí y escurrida un poco y la otra dejala medio empapada”, él me está diciendo cómo debo trabajar para él, para que gane él. Pero eso no es hacer amistad de él ni de lo que él hace y me hace hacer. ¡Yo no quería hacer lo que me pedía!, pero obedecía por lo que le digo, el miedo de que me eche.

—*De modo que trabajaba con dos trapos rejilla.*

—Dos rejillas, sí. Una para la balanza, que era la que no tenía... la que estaba más escurrida, para que no cayeran gotas. Entonces, al limpiar el plato de la balanza, no era que limpiaba sólo, apretaba la rejilla para que cayeran unas pocas gotas en la balanza. Y después yo me hacía el que limpiaba la tabla con la otra rejilla; ésa sí tenía bastante agua. La limpiaba para que agarre olor a chorizo, porque la pimienta tiene olor a chorizo. Y así, entonces, no se sentía tanto olor a podrido y yo largaba la bola de lomo, que es la que se pudre más, y no se notaba el podrido. Yo trabajaba en esa forma, que me había enseñado el patrón, pero igual algún cliente, o dos, todos los días, siempre, me devolvían la carne.

Y cuando me devolvían la carne yo agarraba y les daba un pedazo mejor enseguida, porque si en diez clientes yo terminaba todo lo bueno... Yo iba midiendo, calculando, para que me saliera bien. Pero todo, todo, todo lo que yo hacía todos los días de mi vida del trabajar en la carnicería, lo hacía con dolor. Vivía *piyingo*, ya le digo, y hoy lo siento al dolor adentro, por lo que me vi obligado a hacer, muy mucho dolor. No quisiera que nadie en el mundo hiciera esto, ni por necesidad, porque no se deben hacer estas cosas.

—*De manera que se exhibía la carne podrida en el mostrador.*

—A la mañana a veces sí, pero a veces a la mañana, cuando estaba muy podrida la carne, no. Había que trabajar con la heladera y no sacar para nada la carne al mostrador. Se sacan cuando viene el cliente. Viene el cliente y dice: "Quiero medio kilo de milanesas". Se saca entonces, se corta y se vuelve la carne rápido, rápido, a poner en el piso de la heladera. Porque si la llega a dejar cinco minutos, ni con pimienta se puede trabajar esa carne. Debe seguir fría, bien fría, allá abajo de la heladera, en el piso.

—*La primera vez que hizo ese trabajo, ¿qué pensó, cómo se sintió?*

—Ya no me acuerdo. Porque, como siempre he debido trabajar así, ya no me acuerdo cómo fue la

primera vez. Pero no podía hablar con el patrón porque él nunca quiso dialogar conmigo. Yo nunca, en toda mi vida, dialogué tanto con una persona, vea, como con usted ahora. Yo no hablaba con nadie, tenía prohibido. ¡Y menos con el patrón! Así se había quedado impuesto y nada yo podía decir. Al principio, me parecía que él no me hablaba porque sólo quería que trabajara para él sin hablar. ¡Le hacía falta yo! Después me puse a pensar que el patrón tenía mal carácter, o que estaba enfermo, o algo así, y por eso no hablaba conmigo. Pero no era eso. Aunque tenía muy mal carácter: era rabioso. Un día me dice: "Bueno, si no te animás a hacerlo, pongo otro y te vas de acá". Y fue ahí que me vencí por dentro. Y yo así preferí no decirle nada nunca, ninguna cosa. Solamente algunas palabras, pero me contestaba siempre mal, y ahí me callaba. Hasta que llegué a no hablar y a no contestarle más nada.

—*Cuando usted intentó matarse juntamente con su mujer, ¿no pensó en sus hijos, sobre todo en la chica menor?*

—Bueno, no sé. No sé eso. Es donde a mí me falta contestación, por no haber tenido escuela, por no concentrarme más en esas cosas, no sé. Pero eso de eliminarme me pasó porque estaba desesperado, muy desesperado. Viví siempre muy nervioso, y yo no soy de gritar, ni soy tampoco de hablar mucho. Yo soy más bien de pensar. Y por eso de pensar,

pensar, pensar, me remordí muy mucho. Y tenía, hasta hace poco, mucho dolor que se me subía para el pecho, casi como que me ahogaba. Entonces salía para afuera a respirar profundo, y respiraba y respiraba fuerte. Entonces se me pasaba, pero después volvía y así... Ahora, desde hace un tiempo, desde que tengo esa casa en Santiago, el chico trabaja, mi señora trabaja, la nena trabaja y yo también hago esas changas. Y vivimos juntos. Después lo conocí a usted y me defiende. Entonces, en estos momentos, estoy viviendo mucho mejor. Vea, aumenté siete kilos y mi señora de cincuenta y cinco está en sesenta y cinco.

—Y eso con la galleta y el mate solamente.

—No, ya comemos otras cositas, se mejoró eso. Ahora, yo de la nena nunca me olvidé. Cuando fui para la comisaría, cuando fui para la cárcel, fue de lo primero que me acordé: de mi señora y la nena. Porque la nena estuvo conmigo en la carnicería, y mi señora sufrió tanto como yo... y no la podía tener en la villa porque un día me dijo que un borracho se le metió en la piecita que tenía ella y la agarró. Entonces al otro día me vino ella y me contó: “¿Vos sabés lo que me han hecho anoche? Me han agarrado. Menos mal que yo grité y se dispararon”, me dice. “¿Y sabés quién era?”, me dice, “el mismo que me dio la casilla”. Bueno, yo le dije entonces que le iba a pedir plata al patrón. Me acuer-

do que era un día jueves y me acuerdo que le pedí y me dijo que él no daba plata, únicamente que la tuviera ganada... Bueno ese día yo salgo afuera, salgo afuera justo a la una, porque si llegaba a bajar la cortina antes me echaba. Y veo a la cuadra a alguien sentado en la esquina. Y yo me digo: “¡Es mi señora!”. Yo tenía como una enfermedad que cualquiera que pasaba me parecía que era mi señora. Entonces salgo, quiero cruzar la calle para ir a verla, miro para atrás, ¡y está el patrón! De dónde salió no sé, hasta hoy no sé. Y me dice: “¿Qué te pasa? ¿Por qué cerraste la carnicería?” Le digo: “Porque es la una”. “¡No es la una!”, me gritó. Él no usaba reloj nunca. Entonces pasa un pibe y él pregunta qué hora es, pibe. Y el pibe le dice la una y dos minutos. Entonces me callé, nada dije. Y me dice el patrón: “¿Y ahora qué te pasa?”. Yo quería ver porque me parecía que allá estaba mi señora sentada. “Bueno”, dice, “vamos”, y caminamos hasta cerca. ¡Era un señor que estaba allí sentado, no era mi señora! Entonces me grita fuerte el patrón, dice: “¿Qué te pasa a vos, carajo?”. “No sé”, le digo, “ahora estoy mal”. Yo temblaba, temblaba mucho. “Vamos a casa”, me dice, “que te voy a dar unas pastillas; a ver si todavía te me enfermás y no podés trabajar”, todo gritando y gritando. Y fuimos a la casa. Entramos y estaba la señora de él y pregunta qué me pasa. Nada, dice el patrón: “¡Qué le va a pasar a éste...! Ve

a la señora por todos lados; ya me tiene..." Y me dio unas pastillas. "Tomá estas pastillas", dice, "son calmantes, no vayas a tomar más que dos". Bueno, yo vuelvo a la carnicería y veo a mi hija la menor, que estaba entonces ayudándome y, para que no vea que a mí me habían corrido lágrimas, agarré y fui al piletón y me lavé bien, y entonces le digo: "¿Qué tal, cariño?". "Ya está la sopa, papá", me dice. Yo no tenía ganas de tomar pero ella ni se dio cuenta que yo no tomé porque hablaba y estaba distraída. Después ella fue a limpiar el mostrador y yo estaba que no daba más. ¡No podía más! Y aún tenía que abrir y preparar la carne podrida, y yo estaba en un estado muy mal, muy mal. ¡Y tenía que hacerlo porque sino el patrón me echaba! Entonces yo sentí a la nena trabajando y trabajando y dije: ¡lo hago por ella, por la nena! Y fui y abrí.

—¿A qué distancia estaba sentada la persona que usted confundió con su mujer?

—Más o menos a una cuadra.

—Y creyó que era su mujer.

—Y pensé, sí. Porque tenía una gran ansiedad de verla, hacía bastante que no nos veíamos.

—Eso le trajo un gran nerviosismo.

—Sí, nerviosismo. Cuando iba a ver si era, porque iba con el patrón, que podía decirle cualquier insulto a ella. Y más nerviosismo cuando vi que no era.

—¿Tomó las pastillas calmantes?

—Sí, una tomé en la casa de él y la otra cuando estábamos tomando la sopa, que yo no tomé, pero tragué la otra pastilla y la verdad que me calmé los nervios.

—¿Cuántos días antes del hecho ocurrió lo que me cuenta?

—Unos veinte días antes, más o menos.

—Si la persona que estaba allí sentada hubiese sido realmente su esposa y Latuada la insultaba, ¿cómo hubiese reaccionado usted? ¿No pensaba en eso mientras caminaban para ver si era ella?

—No. Yo sentía más nervios de pensar que él podía decirle esas cosas a mi señora: "Negra de mierda, negra piojosa". Esas cosas que él siempre le decía. Eso me hacía más mal, pero no. No creo que hubiese reaccionado porque yo ya no reaccionaba; no había reaccionado en otras veces antes. Me resentía para adentro, solo. Y a mí esas cosas no se me iban fácil, se quedaban adentro. Esos insultos que él nos decía a toda la familia se me quedaban muy adentro. Yo no era de reaccionar, además. Veá, yo era un chico, como un chico dominado, como un esclavo con tal que no me echara. Y al fin me quedé, a mis años, sin trabajo para ayudar a mi familia. Yo pienso, y cada vez estoy más seguro que esto que nos pasó es culpa de no tener escuela.

—¿Por no tener instrucción?

—Sí, seguro, eso es. Mi señora y yo somos anal-

fabetos. Por eso yo le digo a mi señora: "Vamos a hacer todo el sacrificio que sea para que la nena estudie". Por lo menos para que llegue a séptimo, porque ya saliendo de séptimo se va a desenvolver mejor en la vida. Al terminar séptimo ella va a tener dieciséis o diecisiete y, si quiere seguir estudiando, puede seguir. Claro que por cuenta de ella... Cuando yo le cuento todo lo que le he contado usted tiene que pensar que yo apenas aprendí a expresarme acá en la Capital. ¡Si yo antes, cuando vine, casi no hablaba! ¡No sabía hablar! En Santiago hablaba quichua. No aprendí muy bien pero tengo muchas palabras en quichua, y aquí eso no se habla. Por eso, como le digo, yo quiero que la nena llegue a séptimo. En Santiago ya averigüé que hay posibilidades, que hay chicas en Frías y otros pueblos que están en segundo o en tercer grado con veintitrés o veinticinco años. ¡Y mi nena quiere estudiar! Ella sabe bien que eso es lo único que tenemos los pobres para salvarnos. Y eso le hice yo ver a mi hijita. Porque ella dice que tiene vergüenza. Y yo le digo: "Cómo vas a tener vergüenza, si hay chicas que andan en los veinticinco y están en tercer grado, allá en Frías". Después que llegué a séptimo yo sé que va a estudiar, porque quiere estudiar. Ella también lo dice: ¡sin estudio no hay nada! Igual que el pibe, que tiene séptimo grado. Ahora este año le tiene que venir la cédula para el servicio militar y, si no lo hace

por número bajo o esas cosas, dice que va a hacer un curso para ser algo en la vida, porque sin estudio no se hace nada, dice él. Es que no es cierto eso que le dicen a los paisanos: que trabajar es suficiente instrucción. Lo que nos pasó a nosotros... Y no solamente a nosotros; hay muchos que andan todavía por el monte que no saben leer ni escribir, y les pagan con yerba y azúcar hasta el día de hoy. Y es todo por ignorancia. Por eso pienso yo que a los patronos no les parece bien que uno estudie: porque el estudio despierta. A mí, con lo poco que aprendí, me sirvió... Y ahora me sirve más, me hace pensar mejor. Y todo es así. Mi papá, hace ya muchos años, me contaba y mi mamá también que ellos venían de familias que ya los abuelos habían sido todos analfabetos pero trabajadores. Entonces nosotros salimos analfabetos pero trabajadores igual, y no es que no tengamos ganas de estudiar, sino que no hubo los medios, y también la distancia... En cambio, los patronos nos dicen: "¿Qué necesidad tienen de leer y escribir, de qué va a servirles?"

—*Como una herencia.*

—Claro, una herencia... Y la distancia, que le digo, porque los colegios quedaban lejos. Por ejemplo, yo estaba a tres leguas. En ese tiempo se hablaba de leguas y no de kilómetros. De Ojo de Agua al Toro Muerto hay tres leguas, y del Toro Muerto a La Totorilla, que allí estaba la escuela ésa donde fui yo,

hay otras tres leguas. Y nosotros íbamos a pie, matando pajaritos, así uno no sentía la caminata. Y me acuerdo que íbamos descalzos porque no nos podían comprar zapatillas. Yo fui, habré ido, dieciséis días al colegio, nada más, y no aprendí nada. Hay muchos casos así, hoy mismo. Toda la gente quiere estudiar, aprender cosas. ¿A quién no le va a gustar aprender cosas? Y son cosas que sirven para más. Pero esa gente que quiere aprender tiene que trabajar, falta el dinero y faltan también los colegios. Como ahora, que yo estuve por seis colegios allá en Santiago, y en todos no había vacantes. Parece que fuera una política así, para que no se pueda estudiar y el que no estudie trabaje, trabaje como un buey. Vea, si los políticos se pusieran de acuerdo, como sea... Yo, le voy a decir, soy peronista, y peronista es en Santiago del Estero el gobernador Juárez. Pero él a mí no me gusta porque habla mal: insulta a los opositores, a los radicales, y creo que un buen político no tiene que hacer así. Si quieren a la provincia, que es una provincia muy pobre, ¿por qué no se ponen de acuerdo los dos y hacemos algo para la provincia? No para ellos y para acomodar a la familia de ellos, tanto los radicales como los peronistas. Allá todo se sabe y se sabe bien.

—*Parece que le interesa la política.*

—Y antes no. Pero ahora... sólo de pensamiento me interesa. Yo lo veo de esa forma, que si ellos,

los políticos, hubieran hecho algo, allá en Santiago, hoy no sería la más atrasada del norte. Y tampoco hay trabajo. Lo único que saben es hablar y pedir votos, tanto los radicales como los peronistas. ¡Lo único que saben es hablar, hablar, hablar! Se lo digo yo que soy peronista. Van y dicen: "Los radicales nunca hicieron nada", y los otros dicen lo mismo. Y siempre así... es como una cosa pensada. Una cosa pensada que yo no sé bien quién la piensa antes. Quien lo hace debe ser, no sé, debe ser gente que no tenga algo de humanidad, porque esos que no tienen humanidad, ¡que los hay a montones!; por ejemplo, mi patrón. Yo digo que Juárez hará muchas cosas pero, cuando habla, menos peronistas tiene.

—*¿Cómo es eso?*

—Es que allá en Santiago estamos cansados de que se oiga hablar mal de la oposición. ¡Si somos todos argentinos! Yo soy peronista y tengo de comer por el PAN, que es radical. Y nadie me preguntó qué era yo. Entonces yo pienso: si el hambre o la pobreza que tenemos no tiene partido, porque la pobreza y el hambre son de todos, ¿por qué hablar mal de la oposición? En cambio, Menem anda bien con los radicales, él entiende que todos somos argentinos.

—*¿Cómo encontró los obrajes, los quebrachales, a su regreso?*

—Yo a los quebrachales no he tenido tiempo de ir todavía. He ido al obraje a setenta kilómetros pa-

ra ver si podía trabajar en la playa de embolsar bolsitas de carbón cuando vienen los camiones a cargar. Hachar no, porque a la edad mía ya no se puede hachar y yo no quiero "morir con el hacha".

—¿Morir con el hacha?

—Sí, allá en Santiago hay gente que hacha hasta morir. Mueren hachando. Llegan, por ejemplo, a los setenta, setenta y cinco años y salen cada madrugada con el hacha. Ya no pueden dejar el hacha. Y van y van... coqueando, tomando alcohol, pero mueren hachando, a no ser que se enfermen y no puedan caminar más. Pero, si puede caminar, el viejito va a morir hachando porque el hacha es como su vida. Es todo, en los quebrachales de quebracho. A veces, aunque no trabaje, el viejito va igual con su hacha. Y así se dice: "muere hachando", aunque ya no pueda dejar limpio el monte, porque ese criollo está viejo. Y así se lo respeta. Es como una costumbre, eso es. Y a mí en Santiago me respetan por el pelo todo blanco que ahora tengo.

—Se siente respetado.

—A la verdad yo siempre me sentí respetado, salvo por el patrón que está muerto. Yo en la carnicería no era un buen cortador pero hacía lo mejor que podía, atendía bien a la gente, muy bien. Cuando me inicié yo en Luis Viale tripliqué la clientela por el buen trato. Pero, claro, ¡había buena carne! Fue el primer año. Y después, si bien la carne era

podrida, muy podrida, yo era muy limpito. No tenía ropa, pero tenía dos delantales y los lavaba yo mismo, al mediodía lavaba uno y a la tarde tenía el otro. Siempre así, me presentaba muy limpio con la clientela. Y eso que tenía que manejar me con pimientos, pimienta y lavandina y todas esas cosas. Y jamás llegué a dormir más de cuatro horas. ¡Y lo que es la costumbre: ahora más de eso no duermo! Yo era incansable, y por ese motivo es que jamás he entendido cómo puedo ser inapto, que por esa razón tuve que hacer los trabajos más pesados.

—¿Cuáles fueron sus trabajos más pesados?

—Bueno, el trabajo más pesado que yo hice en mi vida fue hachar en los montes, porque ahí empezaba en la mañana y terminaba cuando se entraba el sol. Acá, en la Capital Federal, hice muchos trabajos pesados pero, eso sí, comía bien. Salvo en las carnicerías del patrón.

—¿Usted y su familia comían carne?

—No comíamos carne nosotros, casi nunca comíamos. Él hacía así: traía la carne podrida entrecostada, cinco y cinco medias reses, mientras no aflojara el trabajo. Siempre traía igual. Si el trabajo aumentaba, entonces mandaba todo podrido. Ahí la clientela se retiraba. Entonces venía él y me decía: "Mañana lavá bien la heladera que el martes te va carne fresca, toda fresca". Eso era para que vuelva la gente otra vez. Quiere decir: cuando él mandaba

lavar bien la heladera con lavandina, jabón en polvo y todo, era porque venía carne buena. Y de esa comía él y entonces también nosotros.

—¿Usted comió carne podrida alguna vez?

—Yo, a la podrida... A veces hacíamos puchero y la lavábamos bien, pero sólo por hambre. Como teníamos hambre y nada para comer, así fue. Sólo por eso comimos ese puchero algunas veces. Lo que no comíamos nunca era la carne de decomiso. La carne de decomiso venía bien tajeada; era carne enferma, podrida y enferma de aftosa. Y esa carne no se congelaba nunca. Estaba blanda, siempre muy blanda.

—¿Cómo obtenían esa carne en el matadero?

—Eso nunca supe. Eran los arreglos que mi patrón tenía ahí. Él tenía arreglos con todo el mundo. Yo, una vez que me puse a tomar mate con mi señora, le decía: "Vos sabés que él casa no me da, que él plata no me da, que me oferta todo y me engaña; ni plata ni vivienda nunca me dio". Entonces fui y lo busqué para que me diera para alquilar, para estar todos juntos, y él me dijo: "Otro día, pasado mañana, que hoy ando mal". Y fui pasado mañana y me dijo que él no había dicho eso, y siempre así. Yo le decía a mi señora: "¿Viste vos las cosas que él me hace, vos sabés que a veces no duermo por todas las cosas que él me hace, como trabajar la carne podrida esa, los pollos podridos, ¿por qué será?", le digo, "¿se-

rá que nosotros tenemos un castigo de Dios?". Y mi señora me decía si yo creo que me va a dar la casa. "Pero", le digo, "cómo no me va a dar la casa esa que me ofertó, si nosotros trabajamos todos: las nenas, el pibe, vos, yo. Y él tendría que tener dos personas más para cumplir con todo el negocio", le digo. Eso se lo ahorrábamos nosotros de sueldo. Yo estaba como comido por dentro y pensaba y pensaba, y le decía a mi señora: "¡Es como si él me estaría preparando para que yo le hiciera algo! ¿O no viste que me tiene acorralado? Cada vez me manda carne más pesada y más podrida, me manda pollo podrido, me obliga a que le rinda el trabajo y que le dé la plata de esa carne verde." Y ella me decía que yo tengo que buscar la forma de salirme porque algo malo iba a pasar al fin. "Yo no puedo salir a esta altura", le decía, "ya tengo sesenta años. En otro lado no me van a tomar, soy ya viejo y soy inapto." Y además, toda la vida, casi toda la vida, había trabajado con él y él me debía mucha plata, sacrificio de mi mujer, de los chicos y de mí. Y, usted lo sabe, a lo último, me hacía dormir en el suelo. Yo le pedía plata para comprar una colcha, que hacía frío, y él me decía que andaba mal. Si le pedía para alquilar, me decía que no tenía, que después, y siempre me descontaba para la casa que me iba a regalar y me descontaba también el precio de un kilo de carne. ¡Eso me hizo siempre! Amenazándome, el último tiempo más y más:

que si yo le dejaba el trabajo me iba a matar, que si yo le daba problemas me iba a echar. ¡Yo no sabía ya más qué hacer! ¡No sabía más qué hacer! Él se creía advertido pero yerró... Por eso, digo yo, a lo último es como si me hubiese acorralado él. Sabía que yo dormía en el suelo y que no tenía nada después de tantos años de trabajar como buey, que mi señora andaba en la villa y no tenía tampoco nada. Carne podrida, durmiendo en el suelo, sin un peso, lleno de granos en las piernas y también en la ingle: ¡se me iba uno y venía otro! Debía caminar para llevarle la plata con frío, calor, lluvia, porque ni un colectivo podía tomar. Bueno, con todo eso estaba yo muy remordido de adentro, con tanto dolor. Ese día, el día que pasó eso, me manda quinientos kilos de carne podrida y me manda un cajero Riera, porque desconfía de mí o para alcahuetear, porque no sé lo que podría decirle. ¡Y yo por un lado y mi señora por otro lado! ¡Yo me encontraba perdido y muy, muy nervioso, porque temía que me echara, me iba a sacar de ahí y no me iba a pagar. Por eso pienso yo que, lo que pasó, es como si él me hubiese preparado para que yo le haga eso. Cuando yo hice eso... ¡jamás lo pensé!

—¿Quiere usted decir que él se buscó la muerte?

—¡Eso es, exactamente! Ahora mismo con mi señora, en Santiago del Estero, yo pienso y digo que él me preparó una cosa que yo no quise hacer y él

me lo hizo hacer. Yo hasta ahora pienso eso. ¡No tenía otra, no tenía salida! ¿Dónde podía ir yo, qué más quedaba? Yo ese día estaba muy mal, muy mal. Pero, si no iba a trabajar, me echaba; a mi señora ya la había echado dos veces, los pibes no se podían quedar. Y, si me echaba, ¿dónde podía ir yo, sin un peso y sin nada? A pesar de esto yo estoy arrepentido. ¡Estoy arrepentido! Sí, señor. Pero para mí fue como una gran liberación. Yo fui su empleado dieciocho años. Y, si le duré tanto, no era tan malo, digo yo. ¡Era bueno en el trabajo! Las veces que yo me quise salir él no me dejó ir, reculó siempre. Y ahí venía la mentira de que me iba a dar la casa. Él nunca cumplió. Yo tenía a mi mujer por un lado, en la villa; a los chicos por otro lado. Era muy, muy malo para mí. Muy injusto. Vea: ¡yo jamás tomé mate con mi señora tranquilo! Siempre andaba amargado, con dolor de cabeza, no tenía sueño. Ahora, por ejemplo, usted me ve y yo tengo ochenta y siete kilos, y siempre me peso. Antes pesaba setenta y dos. Porque, cuando el patrón me retaba, yo no cenaba; me daba vergüenza y no quería que me rete delante de los chicos para que no sientan ellos también esa vergüenza. Mi señora muchas veces me dijo: "Mirá lo que te dice. ¿Por qué no le decís algo?" Pero ella no se daba cuenta que él podía pegarme un tiro. Andaba siempre con armas, siempre amenazando.

—¿No le parece que usted obedecía demasiado?

—Sí. No niego, pero es que... desde chico, en todos lados, yo siempre respeté a la gente. Y a los patrones más. ¡Siempre respeté! Así somos, allá en Santiago, las gentes del campo, de los cerros, somos muy calladas, muy respetuosas. Por eso nosotros decimos que el que mucho habla mucho yerra... Yo sé que, si un día trabajo, ¡siempre voy a respetar! Porque a la gente hay que respetarla. Yo nunca encontré hasta ahora uno como este patrón. Todos fueron buenos, todos. Uno mejor, uno peor, pero como Don Latuada no encontré.

—¿En Santiago del Estero el peón no protesta aunque le paguen con vales?

—Sí, pagan con vales y después con ese vale se va a sacar la mercadería en los almacenes que, casi siempre, pertenecen al patrón del obraje. A veces también puede ser de los obreros. Salió hace poco en *El Liberal* que actualmente se paga con vales. El peón no protesta, como quien dice, porque ya se da cuenta que con protestar no gana nada. Y hace poco estuvo en televisión uno que dijo que actualmente se paga con vales. Quiere decir que sigue como cuarenta años atrás lo que era. Y por Salta también, y por el Chaco peor. La cosa no cambia.

—¿Y las leyes?

—Siempre hay leyes pero a mí me parece que rigen menos para los pobres. Eso se sabe. Así decimos

por allá. Decimos que al rico siempre le ponen la silla y al pobre siempre le sacan el banco. Será por eso que uno se hace como tan obediente. Porque, claro, todos van al patrón, que es como el padre de uno, y hay que ser obediente como son los chicos. Si uno le contesta al patrón, lo enfrenta o no le cumple... será por eso la timidez que usted dice: uno no le puede decir nada al patrón porque a lo mejor mañana necesita unos pesos para unos remedios o algo y, si uno ha tenido algunas palabras, por ahí no recibe nada. Eso creemos allá. Y ya se ve que las cosas siguen así; no cambian.

—¿Y entre ustedes no hablan a veces de estas cosas?

—¿Entre los que somos pobres? Y sí, algo se habla siempre. Ahora más. En mi juventud, cuando yo trabajaba en los obreros, nadie hablaba; pero mi hijo, que es de mi señora, él siempre habla. Antes se era más ignorante. Veá, una vez me acuerdo que mi hermano, que ya se murió acá en Buenos Aires, se quiebra una muñeca en el quebrachal. Porque cuando caen los árboles... El había volteado un árbol y en los árboles quedan como gajos arriba, entonces él se subió al tronco a cortar los gajos, que de ahí se sacan postes, varillas, todas esas cositas. Entonces se resbaló y se vino al suelo y se rompió la muñeca, el hueso de la muñeca. Le hizo ¡crach!, se oyó clarito que se le había roto. Tuvo que caminar él como

cuatro leguas a pie para llegar a casa. En casa lo curamos, le pusimos salmuera y le pusimos huevo y vendas. ¡Y ésa fue toda la cura! Anduvo como seis meses sin hacer nada.

—¿Estaba muy dolorido?

—Sí, muy dolorido. Pero nunca se hizo ninguna denuncia para no andar mal con el patrón. Porque si lo denunciaba se ponía mal con él y entonces puede ser que lo saque del trabajo o no le dé más trabajo.

—Pero ése es un típico accidente de trabajo, y el patrón debe hacerse cargo al menos de la curación, y de pagar los días que el empleado no puede trabajar. ¿Ustedes saben eso?

—Ahora sí, puede ser, pero en aquellos tiempos, no. Y no solamente mi hermano, he conocido el caso de varios muchachos y también viejos que se cortaban el pie con el hacha, por ejemplo, y no decían nada al patrón. Se curaban en la casa o con una señora con poder que había... Siempre hay en los pueblos gente que cura; y, sino, se va a otro pueblo.

—¿Había algún hospital cerca?

—Hay un hospital en Ojo de Agua. También habían puesto casino pero lo sacaron después. Yo creo que en los obrajes, en los quebrachales, debía haber un puesto con médicos, porque es un trabajo muy peligroso el de hachar, y cuando caen los árboles...

también hay bastantes víboras. Y hay quebrachales grandes: yo trabajé en uno que tendría treinta o cuarenta leguas a la redonda, y la legua tiene como cinco kilómetros. Pero claro, eso ya se explotó hace como cuarenta años y la gente vive allí con su familia, sus chivitos, su melga sembrada, una melga chica, y así es.

—¿Y cómo son esas casas?

—Las casas, ahora, hay algunas de material, pero todavía quedan de adobe y barro y techo de paja y tierra arriba.

—¿Usted podía hablar con el personal de las otras carnicerías de Latuada?

—Sí, muchas veces he hablado con ellos. No éramos amigos pero hablaba con los cortadores. Por teléfono. Me llamaban... yo no llamaba nunca, ellos sí. Y me decían: “¿Te llegó tal carne a vos?”. Si yo decía que sí me preguntaban: “¿Cuántas te llegaron?”, y yo decía: “A mí me llegaron cinco”. “A mí dos”, me decían. Siempre a mí más, hasta ellos lo decían. Y era así, ¡siempre a mí más!

—¿Y los camioneros?

—Ellos, ya le digo, sabían enseguida cómo estaba la mercadería, lo sabían dónde se cargaba la carne podrida. Ellos saben siempre, pero no llaman. A veces, cuando hablan, es para que yo prepare la heladera y todo eso, para que la gente no se dé cuenta.

—Usted mencionó que a veces le llevaba carne a Cámpora, el ex presidente.

—Sí, sí, se la llevaba yo, muchas veces en taxi, y también mi señora le llevaba.

—¿Dónde la llevaban?

—La dirección no la recuerdo tan bien, era en la calle Esmeralda al 700. El doctor Cámpora vivía en el cuarto piso. A otro doctor, que era amigo de él, ¿cómo se llamaba?, también le llevé una paleta podrida, pero él no la quiso.

—¿Y a Cámpora le llevaba carne podrida?

—Sí, y él nunca se quejó, porque yo la lavaba muy bien.

—¿Latuada era peronista?

—Sí, sí, muy peronista, pero después se hizo de los militares.

—¿Y le mandaba carne podrida a Cámpora!

—No le interesaba nada, lo único que le interesaba era la plata, y Cámpora tenía cuenta corriente... Yo cerraba el negocio algunas veces y le iba a llevar la carne a Cámpora. Después que volvía, tenía que lavar la carnicería y preparar la carne podrida para la tarde otra vez.

—¿Quién le pagaba el taxi?

—Mi patrón.

—¿Usted ha vuelto alguna vez al lugar donde ocurrió el hecho? ¿Pasó por la carnicería?

—No, para nada. Además me habían dicho que

no fuera por ahí: el padre Azpiazu.

—¿Conoció al padre Iñaki de Azpiazu?

—Bueno, al padre lo conocí así: resulta que en el Patronato de los Liberados de los Tribunales me habían dado unos vales, cuando salí de la cárcel, unos vales para que vaya a comer a Cangallo 1281. Fui un día y al segundo día fui otra vez, y me senté en una mesa donde habían dos pibes de unos veinte años. Entonces, cuando vieron el vale que le di al mozo, me dijeron que adónde paraba yo y yo digo en Once, porque a mí me llevaron a Once los del Patronato y me pagaron cuatro días de hotel. Entonces esos pibes me dicen: “¿Por qué no va a Combate de los Pozos y Belgrano? Allí es lindo”, me dicen. “A nosotros nos echaron, pero es culpa nuestra porque estuvimos borrachos, pero usted vaya”, me dicen. Después que almorcé me fui para allá y no atendían. Al final un señor me dice: “Venga mañana de mañana”. Al otro día fui y me atendió una asistente social muy buenita, y ahí es donde me quedé y conocí al padre Azpiazu, que se comunicó con la doctora Guatelli o algo así pasó y yo me quedé poco más de un mes.

—¿Viviendo allí?

—Sí, viviendo, porque la doctora del Patronato me dijo por siete días primero y después cuando supo algo de lo que me había pasado, me dijo: “Bueno, aquí se va a quedar hasta que se arregle todo y

le permitan viajar a Santiago del Estero". Y me daban vales para que coma ahí en la iglesia. Muy buena esa doctora.

—¿Trabajaba usted en ese lugar?

—No, nada. Solamente ayudaba en algunas cosas ahí dentro, a limpiar un poco, pero había que salir a la mañana temprano, entonces no hice muy mucho.

—¿Y no hizo amigos allí?

—No. Bueno, lo que pasó es que ahí tomaban todos, tomaban bastante vino, y el encargado también. Los liberados que estaban lo traían y a mí no me gusta la gente que toma.

—¿Cuántos liberados había?

—Conmigo éramos ocho, después vinieron más. Era como una cárcel pero en libertad. Yo estaba haciendo gestiones y más gestiones para irme con la familia a Santiago del Estero y los muchachos trabajaban en changas que el padre Azpiazu y la doctora les conseguían. No era como en la cárcel ésa de Caseros, que yo estuve, que nadie trabaja de nada aunque quiera trabajar porque no hay de qué.

—¿En la cárcel hizo amigos?

—No, para nada. Eran todos muy educados conmigo. Pero los muchachos, mayormente los más jóvenes, de lo único que hablaban era de cómo volver a hacer más delitos. Mayormente los más jóvenes, ya le digo. ¡Y tampoco me gustaba a mí eso! Lo que

pasa es que uno está como obligado a escuchar porque tiene que vivir allí, y hay que pasar el tiempo. Además, a uno lo pueden tomar por fino, por estirado, y yo nunca fui eso. Yo soy callado, nada más.

—¿Cómo se produjo la separación familiar, sobre todo con su esposa?

—Con mi esposa y con mi familia no me separé, porque nosotros siempre queríamos estar juntos y ayudarnos. Nos separó el trabajo y que no nos dejaron estar juntos. El patrón que yo maté no quería que estuviéramos juntos. La cosa pasó así: cuando yo trabajaba al principio en la carnicería de Luis Viale mi señora vivía en una piecita allí cerca, con los chicos, y yo le daba unos pesitos, muy pocos porque no podía darle muchos porque el patrón me descontaba la luz y la carne.

—Explíqueme cómo le descontaba la carne.

—Claro, él me descontaba un kilo por día, sea que yo la usara o no la usara; me descontaba un kilo por día. De ahí ella se fue... No sé cuánto tiempo estuvo en la piecita y después se fue con la hermana, a Rafael Castillo. Allí le prestaron una casita, la hermana, y se fue con la hija mayor. La separación no fue por una orden, era que no podíamos vernos por distancia y por trabajo. Pero el patrón no quería a mi señora. Yo trabajaba dieciséis o dieciocho horas en el día, más o menos. Así todos los días, también los sábados y domingos, sin vacaciones, sin fe-

riados. Los domingos trabajaba hasta la una y me apuraba, limpiaba todo, lavaba mi delantal, pero siempre andaba muy, pero muy cansado. Mi señora me decía por qué yo no iba a verla. Y cuando le contaba yo por qué, ella me decía que no podía ser. Decía ella: "¿Pero cómo puede ser que te haga eso?". Era el tiempo en que prometía todos los días una casita y darme plata a fin de año. Del sueldo me descontaba para la casita... Pero a mi señora él la odiaba. Una vuelta la encontró en la piccita de la carnicería y le dijo: "¡Váyase de aquí, negra de mierda, y no me pise esto más!". ¡Y ella sólo estaba hablando conmigo y tomando mate! Eso fue a mediodía, y a la noche fui a la casa de él a entregarle la plata. Me tuvo como una hora diciéndome cosas feas y me dijo que la próxima vez que encontrara allí a mi señora nos iba echar a patadas a los dos. Otra vez, va mi señora de noche a verme, ¡y él viene justo! Como si tuviera a alguien que le avise. Mi señora se había escondido en la cocinita para que él no la vea. Entonces él agarra, se baja del auto, va a la terraza y la encuentra adentro. ¡Para qué! La echó a los gritos, le dijo cosas muy feas. Y, cuando yo fui a llevarle la plata a su casa, yo temblaba de las cosas que me iba a decir o porque me iba a echar. Por eso le digo yo: ¡es como si él me hubiera preparado! Todo lo que me hizo en todos estos años fue como si un día y después el otro y así me hubiera estado prepa-

rando. ¡Si yo no tuve intención de hacerle nada hasta el último segundo! Lo que pasó después es... ¡es porque él se hizo matar! Yo lo maté sin darme cuenta, porque yo no sabía ya qué hacer, de las cosas que él me hacía. Él veía que yo estaba lastimado, que fui siempre bueno, que nunca le falté. Y sin embargo me hacía esas cosas. No sé si le gustaría ver sufrir a la gente, porque a veces iban los cortadores de las otras carnicerías y, cuando llegaban tarde, les agarraba los cuchillos, las herramientas, las radios y no se las daba. Él era malo con todo el mundo, pero conmigo fue peor, porque le duré tanto. Y por eso yo estaba así, pero igual no quise hacerlo. ¡Nunca! Yo creo que no estuvo nada bien lo de las cuchilladas, pero no me quedaba ya otra posibilidad. Porque el que me cerró fue él. ¡Fue él! Eso es seguro. Por eso, allá en Santiago, yo me acuerdo y sufro por lo que hice. Pero también me siento libre de él. Mi señora, cuando pasó el tiempo, me dice: "¿Estás arrepentido?". Yo le digo que sí, porque no hay que matar y yo maté. Y ella me dice que me quede tranquilo, que Dios nos va a ayudar. "Porque vos nunca fuiste un hombre malo", me dice. Y será así, por ahí. Dios nos va a ayudar. Sólo tengo que tranquilizarme, tratar de hacer algo, algún trabajo, para olvidar...

Epílogo

El día 24 de marzo último se extravió,
en las inmediaciones de la verdad,
un ser de sexo humano, de edad absoluta.
Vestía una arpillera de venganzas violetas,
con botones grises,
pantalones de cartón avergonzado y
zapatos amarillos, con diminutas alegrías.
Sus miembros, frente y pecho, necesitan
saber algo de su paradero.
Se ruega, a quien pueda suministrar
una ventana sin rejas,
avise de inmediato al sol.

SILVIA LIZASO

Cuando Víctor llegó a mi estudio por primera vez y pronunció aquellas palabras: "La vida es un destino a cumplir", me produjo tal impacto que debí apresuradamente dejar de lado todos mis presentimientos acerca del caso. Apareció entonces, como una ráfaga del pensamiento, aquello que alguna vez dijera Charlot: "Hay una cosa tan inevitable como la muerte: la vida". Al día siguiente, al comenzar nuestro diálogo, quedé atrapado, a la deriva de todo sustento, y me hundí enteramente en su confesión. Seguí con dolor de penitente abismado las palabras de ese hombre al que sólo le quedaba la memoria de sus miserias para ofrecer, porque ya nada tenía.

Cuando escuché la grabación del relato, a solas y con la posibilidad de analizarlo con más distancia, no pude dejar de entroncarlo en la mitología gauchesca, de ver en Víctor al criollo de nuestras pampas, cerros y montañas, que se halla inmerso en un juego sobrecogedor e ineludible que entrelaza la desesperación, la fatalidad, la muerte.

Se suele decir que el sistema o la organización de nuestra sociedad presenta contradicciones. Las

distancias que separan a los seres que se desarrollan en distintos niveles o estratos sociales parece formar parte de una alucinación. En realidad, cabría preguntarse hasta qué punto existe esa contradicción o si simplemente esas diferencias sustentan con solidez nuestra forma de vida.

La tangible historia del progreso que nos coloca sobre la plataforma de los "tiempos modernos", corre paralela con una serie de historias que se desarrollan ajenas a todo cambio y progreso. La pobreza y la marginación presentan sempiternamente sus variantes. La sociedad ha evolucionado en todo sentido, pero lamentablemente esto no significa que haya logrado quebrar sus divisiones sociales o la ineluctable distribución de las piezas del tablero con sus no menos ineluctables designios.

Víctor Saldívar, hijo del país desde siempre, desde toda generación, nacido en los dolores cotidianos de su tierra pobre y arrasada allá en Santiago del Estero, saturado por las mismas carencias y exigencias que decretan los miedos y la estela de desgracia de tantos hombres en las latitudes argentinas, repitió en mi oficina, sin saberlo, el presagio, la sentencia de Juan Moreira*, cuando mata al pulpero Sar-

* El autor se refiere a la novela de Eduardo Gutiérrez (1851-1889) titulada *Juan Moreira* y publicada originalmente por entregas en *La Patria Argentina* entre 1879 y 1880. Adaptada posteriormente como drama por el actor José Podestá y su compañía, está considerada piedra fundamental en el nacimiento del teatro y la dramaturgia argentinos. (*N. del E.*)

detti, con la misma lúgubre resignación: "Ahora, que se cumpla mi destino".

Pero Moreira, que sólo puede emparentarse con Víctor por su origen y por la eterna cadena de sufrimientos y privaciones pasados, ubicado en otro contexto sociológico y político, imprime a su rebeldía una tácita aceptación, la búsqueda de su muerte:

Y a todos pelearé —dijo el gaucho con fiereza suprema—. Yo no tengo nada en el mundo. Mi hacienda se la habrán repartido, a mi mujer y mi hijo ya no los volveré a ver más; no tengo otro camino que pelear con las partidas hasta que me maten, que será para mí día de placer porque habré concluido de penar.

Este acatamiento de la muerte, de la propia muerte, será como un suicidio diferido en cada episodio luctuoso que le toque vivir, pero también una forma de revolución particular, privada. Una rebeldía sutilmente captada, tal vez, por aquel responso tanatológico que trata de definirlo y que habla de "morir en buena ley".

Es la revolución personal que también afronta Martín Fierro, hijo de la misma sempiterna vicisitud de la marginación, desposeimiento e injusticia:

*Y sepan cuantos escuchan
de mis penas el relato,
que nunca peleo ni mato
sino por necesidad;
y que a tanta adversidad
sólo me arrojó el mal trato.*

Similares penurias, igual orfandad y sinsabores llevarán a la muerte a don Zoilo Carabajal*. Manso, sin aparentes rebeldías, el viejo alcanzará el objetivo de su propia rebelión, mezcla de deshonor y vergüenza. Y dirá:

...jui bueno y servicial; nunca cometí una mala acción, nunca... ¡canejo! Y aura, porque me veo en la mala, la gente me agarra pal' manoseo como si el respeto fuese cosa de poca o mucha plata... Ni los míos me guardan consideración.

O cuando arremete gritando:

Pa' quitarnos lo único que nos quedaba, la vergüenza y la honra, es que nos han dejao aquí... ¡Saltiadores! ¡Parece mentira que haiga cristianos tan desalmaos!

* Protagonista de la obra teatral *Barranca Abajo* de Florencio Sánchez (1875-1910), quizá la pieza más representativa y trascendente de la dramática rural rioplatense. (N. del E.)

Es que, según el mismo Zoilo dice en otro pasaje de la obra: "La mala suerte, como la sombra de un árbol, me acompañó". Obsérvese la similitud en el espíritu que emparenta a Don Zoilo con Martín Fierro y Juan Moreira, y la sobrecogedora cercanía con el testimonio de Víctor Saldívar. Pasivo, como el personaje de Florencio Sánchez, Víctor recorre su propio itinerario de dolor y humillación con resignada mansedumbre, sosegado, sin estallar, durante dieciocho años. Y, como muchos de sus paisanos, ha perdido a la familia, al tiempo del homicidio, sobrepujada fatalmente su voluntad. Es así que se le inflige la herida más abrumadora que se le puede infligir a un marginado, aquello que le hace perder lo poco que aún le queda: su identidad, el sentido de su raíz.

Cierto es que la orfandad social ya no manifiesta casi esos modos de rebeldía, pero el sentido de fatalidad continúa aún vigente. Mientras no haya opciones, un único camino resulta casi obligatorio. Y Víctor lo recorrió con su paso manso y sosegado, sin reacciones durante esos dieciocho años, hasta el límite. Hasta el punto en el cual inconscientemente quebró un pacto con la adversidad para iniciar otro. Ni siquiera después de haber matado al patrón pudo sentir que elegía.

Salvada la distancia que implica el fulgor poético con que José Hernández, Ricardo Gutiérrez y

Florencio Sánchez han sabido infundir como autores a sus personajes, veremos que Fierro, Moreira y Carabajal se emparentan con Víctor Saldívar en el común denominador de la muerte, propia o ajena, como única salida posible a la opresión dramática de sus vidas. No parece haber otras opciones. Sólo muerte. La consigna *Matar o morir* se traduce en una forma de no ceder más, de interrumpir el pacto ilimitado con la adversidad y aun desafiarla. "No me mato por ellos, me mato por mí mismo", dirá don Zoilo. "Andaremos de matrero/si es preciso pa' salvar...", sentencia Fierro, y Moreira seguirá imperturbable con su rebelión a cuestas y sus luchas frontales, atacando para defenderse, si es preciso, y desafiando su propio fin. Todos evocan la muerte y llegan a ella como a una fatalidad prematura y libertaria de sus presiones.

Víctor, con su primaria personalidad temerosa y sus rituales, incuba la rebeldía latente del marginado. Vive su vida infernal en silencio, durante años. Sus principios religiosos y su familia lo atan. No quiere matar, nunca lo pensó. Dios debería hacerlo por él. "Dios lo castigará", dice varias veces a lo largo del relato. Toda su rebeldía yace maniatada y dormida, y su incapacidad de vengarse de tanto horror concede impunidad aparente al patrón, que sumará ultraje tras ultraje y generará mayores desdichas para Víctor. Sobrevendrá luego el accionar en corto-

circuito, el momento único o último que Víctor no puede entender porque nunca conscientemente lo previó: "¿Quién habrá puesto el cuchillo en mi mano?", se pregunta una y otra vez. "¿Quién lo puso otra vez en su lugar?", vuelve a preguntarse tras la muerte violenta del patrón.

La justicia dirimirá el caso y sentenciará a Víctor por emoción violenta. Pero ¿qué hay detrás de esa emoción violenta?*

Asestadas las dos o tres puñaladas iniciales, Víctor despierta de su estado alterado de conciencia. Los gritos, la sangre que surge a borbotones y, como un mapa feroz, tiñe la ropa del patrón, lo instalan bruscamente en la realidad, en una realidad que está aconteciendo por su mano. Pero, ya despierto, continuará con las puñaladas. Quiere matar y deliberadamente asesta a su patrón los puntazos finales. Después confesará que tuvo miedo de que el patrón buscara un arma que tenía en la guantera de su automóvil.

Ya muerto Latuada, Víctor seguirá pensando durante muchos meses que su patrón aún puede más

* En términos generales la emoción violenta puede definirse como una "alteración súbita del ánimo que trastorna y desequilibra el psiquismo, perturba la voluntad y deteriora los frenos inhibitorios". Si bien el sujeto conserva la conciencia de sus actos, no los puede gobernar adecuadamente. La ley acoge esta situación para imponer una penalidad menor que la que corresponde a la conducta intencional y lúcida del homicida. (N. del E.)

que él. Como si el patrón siguiera pesando en la conciencia de sus temores y espejismos. A tal punto habían llegado el temor y el menoscabo en su ánimo que solamente la salida de la cárcel y el retorno con su familia a su provincia servirán para serenarlo de a poco. Sin embargo, la propia muerte no lo asusta, y la asume como la definitiva liberación cuando intenta el suicidio junto a su esposa. (Ya lo había intentado anteriormente en el calabozo de la comisaría, poco tiempo después del homicidio, ante la mera posibilidad de enfrentar nuevamente el encierro en prisión.* “Hemos sufrido demasiado ya”, le dirá a su mujer.)

Más allá de la emoción violenta que el Código Penal señala y la Justicia ha recogido, y que yo invocara en mi defensa de Víctor, hay un sustrato inapelable en la situación que le toca vivir al homicida capaz de matar (o morir, si es preciso) para hacer justicia, para no sufrir más humillación y abuso.

La dignidad del hombre parece estar mucho más allá de una tipificación legal que califique sus hechos. La dignidad de un hombre (o, si se quiere, su no-humillación) es un valor idéntico a través de los tiempos en los hombres de nuestro país, tan idénticos

* Víctor fue citado por el juez de instrucción para ser notificado de la realización de una pericia médico-forense sobre su personalidad. La noticia le fue dada por el Patronato de Liberados de Santiago del Estero, donde reside, y él entendió que el juez lo iba a hacer detener nuevamente y reenviar a la cárcel. (N. del E.)

entre sí como la miserabilidad que denuncian y frente a la que se rebelan, matando o muriendo.

Son casos aislados, individuales, y de ellos se suele decir que se producen como consecuencia de la intensidad de vida o la incapacidad de humanización de sus actores. Aun así, habrá que analizar con particular atención el sentido destructivo y tanatológico de cada caso. En Víctor no se observa (justamente porque no lo hay) gozo vindicativo o venganza sin sentido. Y de ello se desprende que no es posible bautizar como verdugo a la víctima sino, en todo caso, a la propia sociedad que engendra a ciertos seres, como si padeciesen una tara hereditaria para enfrentar con aceptación tácita las órdenes de los señores feudales. Además, por supuesto, de las carencias de todo tipo, la subculturización y el trabajo en condiciones de esclavitud.

Durante años Víctor asistirá, sin saberlo, al proceso de indigencia y aculturización que define al marginado social. Tal situación queda al descubierto desde los primeros pasos de su relato, razón por la cual se me ocurre eufemístico y sin finalidad ulterior detenernos en el “caso clínico”. El interrogatorio, no preparado y por demás circunstancial, no adopta una postura metodológica encaminada a mostrar el perfil clínico del caso, sino que pretende re-

flejar un universo fenomenológico ligado a la marginación social. Esa cultura de la marginación tiene una vigencia alarmante y una profundidad endémica en el marco histórico social de América Latina.

Se sabe de antiguo que en el norte argentino (aunque ocurra de manera similar en otras latitudes del país), el criollo debió concentrarse en ciertos cotos rurales, porque el llamado proceso de industrialización reunió la mano de obra según la preexistente distribución de la tierra y de la propiedad latifundista. Vastas zonas, como aquellas en las cuales Víctor trabajó duramente en su juventud, resultaban aisladas, incomunicadas, ajenas no sólo al progreso social sino a ciertas leyes expresas y tácitas de la sociedad. Hay una extensa literatura sobre la situación de los hacheros y trabajadores de la tierra en los cerros y llanuras del Nordeste. Tal situación de aislamiento alentó la vigencia de una suerte de derecho natural en el que los peones asumen roles de sometimiento infrahumano, forzados por la inmensa soledad, por el trabajo sólo reglamentado por los patronos, por la agresión de la pobreza, por la falta de acceso a la enseñanza, por el alcohol.

El aislamiento y el analfabetismo refuerzan los rasgos esclavizantes de una ideología de designios precisos y de rumbos sostenidos a rajatabla por generaciones y generaciones. El patrón es, por su propia figura privilegiada, por sus mayores o mejores

conocimientos y por su poder de resolución de cualquier conflicto (de muchos de los cuales es conscientemente autor por acción u omisión), un padre, un auténtico *pater familiae* al estilo romano. Una suerte de Dios "que piensa por uno", según la patética descripción que se recoge en el testimonio de Víctor.

El hachero, el labrador, el peón que se halla en pleno campo, apartado del mundo, no posee instancias para discutir con el poder que no conoce o conoce mal. No sabe quién gobierna. Tampoco le interesa. Pedir una retribución honesta por su trabajo, beneficios sociales o vacaciones resulta una osadía. Y ante la menor rebeldía de su parte sobreviene el despido, sinónimo de hambre y desamparo total. Tanto el peón como el patrón lo saben; es un código sobreentendido que se ejerce como en las figuras rítmicas de la contradanza, en el que los estímulos pasan finalmente a formar parte de la propia carnadura de la danza. Claro que aquí la carnadura es humana y la herencia psicológica inconsciente, ligada al analfabetismo y el temor, asegura los demás.

Patrón y súbditos internalizan sus roles de manera profunda. El hacendado, como antaño, es propietario de tierras, rebaños y seres humanos por igual, que se hallan bajo su protección y guarda. Protección que implica no descuidar la herencia biológica de animales y hombres para así asegurar su porvenir y el de los suyos. Tal vez por mayor comodi-

dad espiritual creará estereotipos: "Con galletas, mate y alcohol andan bien". La imposición del pago en especie es una constante que delata el paternalismo incuestionable sobre sus empleados. Así, el patrón despiojará a los hijos de sus peones con medicamentos traídos de la ciudad, o regalará alguna manta como gesto simbólico de magnanimidad que acrecentará su dominio sobre los peones.

En múltiples ocasiones éstos encarnan su papel con patética devoción (basta citar el caso del peón que se hace matar en defensa de su patrón, si es preciso) porque se sienten verdaderos hijos que terminan amando a su buen padre y luchando por el privilegio de su "devoción". El patrón recibe esos gestos con una naturalidad absoluta, ya que considera que el parámetro del bien común se sinonimiza con el de sus propios intereses.

La marginación es como un sello de nacimiento en el que siempre será posible agudizar la represión y el empobrecimiento de los sometidos a la par que se gestan y confirman nuevos lazos de dependencia.

El marginado no posee inserción en el plano cultural porque su proceso es precisamente marcado por la aculturización que lo define. Y resulta poco útil aspirar a comprender antropológica, social, o psicológicamente el fenómeno a través del mero itinerario del individuo en sí, lo que tan sólo podría ofre-

cer una biografía o una historia de vida con sus marcos de referencia, sociales o grupales. En el caso que me ocupa —y preocupa— habrá que dejar para un mejor intento el estudio de la estructura del psiquismo y la pérdida del estado de conciencia de Víctor.

Creo que, como hipótesis interpretativa, debería representarse al patrón como un símbolo concreto. El tiempo y las penurias de los peones lo identifican con la seguridad. Esto recuerda un tanto a lo que narra Fromm en *El miedo a la libertad*, cuando adjudica a los períodos más oscurantistas de la Edad Media, con su acomodamiento preciso a pautas despoticas, la reducción de conflictos psicosociales y económicos. En cada sector hay un señor feudal, por un lado, y lacayos y siervos (para los que habrá parcelas y gabelas) por el otro. El señor actúa como el continente todopoderoso de la seguridad de los demás. Por eso, cuando muere, siervos y lacayos, al quedar libres, en muchos casos se angustian, no saben qué hacer, a quién acudir. Han perdido la imperiosa y necesaria dependencia que les evitaba tomar conciencia de sí. Y a la pérdida de dependencia sigue el desmoronamiento.

Se ha estudiado vastamente en la figura autoritaria la similitud psicológica con la relación padre-hijo. El que "protege" ordena y acaso respalda, impide el desarrollo y ampara la subculturización. Y así le será posible, entre otras cosas, la posibilidad

impune de pagar con cupones sin generar protestas reivindicativas.

El papel es asumido ágilmente por el patrón, a tal punto que lo desempeña en forma automática. Conoce y sabe de la peculiaridad de todos y cada uno de sus peones y operarios. Diríase que sabe cómo tocarlos, estimularlos, sofocarlos y paralizarlos, cómo acrecentar la dependencia a través de gestos imprevistos y cómo hacer de juez, y así se instala en una suerte de patología del abuso sin límites. Sabe que él es el anverso y reverso de una misma moneda: la seguridad de sus súbditos laborales que lo rodean, en muchos casos, con inocente y primario afecto.

Víctor llegará a Buenos Aires con su bagaje de sumisión y dependencia, con sus arquetipos y su precariedad educacional. Llega casi expulsado de los cerros, de la vida en el quebrachal y de la agricultura. La ciudad lo recibe y él busca denodadamente insertarse en ella a través de su trabajo. Pero, ante todo, busca un patrón que lo acoja y conduzca, que lo ampare y alimente. Así lo señala en varios pasajes del diálogo. La preservación de su etnicidad surge por sí misma, no así de su identidad individual, carcomida por su paupérrima situación. Pero creo que la búsqueda primordial de Víctor en la ciudad es la de la fisonomía prototípica del patrón.

Su analfabetismo y su santa inocencia, ligada

profundamente a esa herencia inconsciente de sometimiento, no le permiten asimilar valores profundos del entorno. Sin embargo, acomete con denuedo el proyecto de vencer su analfabetismo a través de lo que puedan enseñarle, primero algún amigo ocasional y luego las clientas del negocio de carnicería. Aun siendo un hombre primario advierte que, cuanto más sabe, cuanto más rápido es su aprendizaje, aunque se trate de leer, escribir y contar, mayor será su posibilidad de liberarse, aunque más no fuere internamente, del yugo al que estuvo y estará persecutoriamente sometido.

Lo desea también para sus hijos, a quienes ama. Pero no le alcanza. Como fagocitado por una fuerza superior y sorprendentemente cruel (incluso para él mismo) sucumbirá a los designios de su nuevo patrón. Cada vez mostrará menos sentido de pertenencia, y su identidad sólo quedará reservada a algunas señales: la creencia en un Dios prometeico y liberador a quien solicita ayuda en vano ("cambio de religión a ver si cambio de fortuna"), la desesperada creencia en las palabras de su patrón (referidas a la promesa de otorgarle una casa) y su profundo temor al despido.

Por si eso fuera poco, debe tenerse en cuenta, además, el dato dramático e inexorable de la ineptitud declarada que lo exime del (o, mejor decir, no le permite entrar al) servicio militar. Este hecho fi-

gura tangencialmente en el expediente penal y, sin embargo, es un elemento al que Víctor retorna una y otra vez como perturbador ombligo de su desgracia. Se trata de un elemento prototípico que se incorpora a su espíritu, una dolencia insuperable que pesará sobre sus hombros hasta ya pasados los sesenta años: la certeza de no ser un hombre entero, la marca de su deficiencia.

Esa conciencia de "ineptitud" se exagera grotesca y paradójicamente a causa de la imposibilidad de Víctor de omitirla a sus patronos cada vez que va en busca de empleo. Es inútil preguntarle dónde consta la mentada ineptitud o por qué la menciona a todos sus empleadores. La respuesta no se hace esperar y adquiere visos de suficiencia: "Hay que decirlo, ¡los patronos siempre saben!". Sin perjuicio de que la psicología profunda o individual pudiera calar hondo en esta clase de personalidades, quedaría pendiente el enfoque socioantropológico de su armazón estructural y del campo de la conciencia. Lo que consta es que Víctor se presenta con sus concepciones institucionalizadas, preconcebidas, heredadas. Y será muy difícil hacerlas hipótesis y verterlas sin un enfoque interdisciplinario. Lo que resulta claro es que la existencia de una cultura de la marginación, casi siempre de tinte oral (que recuerda en cierta manera el "código de honor" de los presos y sus leyes no escritas), es de muy difícil detec-

ción para un criterio unidisciplinario. Será también difícil para el científico (antropólogo, psicólogo, sociólogo) esclarecer al marginado llevándolo al camino de normas que no son las suyas o pretender que reconozca errores. Son combates estériles contra pautas de un mundo de alternativas propias, únicas, inexorables.

Víctor tiene una remota conciencia de pertenecer a ese mundo marginado y, cuando acentúa esa creencia, luego de la muerte del patrón y de sus reflexiones en la prisión, le nace un vértigo que parece producto de las humillaciones de toda su existencia.

Con esa cultura de la marginación, con sus códigos y normas, con sus características estereotipadas, férreamente impuestas desde su más tierna infancia y adquiridas sin alternativa, llega a la ciudad con su espíritu tímido y sumiso, con una personalidad en la cual no pareciera haber cabida para la protesta y la rebelión ante los abusos a los que es sometido. No creo que se propusiera conscientemente trazar las coordenadas de un camino de adaptación a la vida urbana. Ese sentirse "inapto" para el trabajo a causa de la revisión médica del servicio militar significa para él una suerte de ineptitud para la vida. Protestará por tal situación, pero ese veredicto está enclavado en su conciencia, incorporado a sus actos. Y no puede ni tampoco quiere eva-

dirlo. La búsqueda del patrón es la búsqueda del padre, de un Dios cotidiano que le dé seguridad y, acaso, afecto.

Se considera que las leyes son formalmente igualitarias y se aplican (o deberían aplicarse) de la misma manera a cualquier ciudadano que las transgrede. En realidad, ésta es una vieja cantinela aprendida en el tiempo, mera actitud de principios tan loables como vulnerados. Víctor Saldívar vive hambreado, desprotegido, separado de su familia, a la que no puede llevar alimentos ni medicamentos si sus hijos o su mujer se enferman. ¿Puede un hombre en esas condiciones, a las que se suman el temor al desempleo, considerarse libre? ¿Su delito puede ser juzgado obviando esa convergente realidad de pauperismo y miseria humana y social?

En estos casos aparece como irreductiblemente irónico el sentido de la ley y su aplicación concreta. Da la impresión de que, cuando la justicia actúa sobre individuos en esas condiciones vitales, sólo puede incidir sobre su menguada libertad. Se corre el riesgo cierto de que se los vuelva a sumergir nuevamente, esta vez en las sórdidas lobregeces de la prisión.

Además se juzga como a un hombre "libre" a aquel que, paradójicamente y tal cual ha quedado asentado en una de las pericias que se le efectuó, "siempre aceptó con sumisión una situación de ex-

plotación". O, para decirlo más literalmente, de esclavitud.

Este "sumiso aguantador que alguna vez explota", según otra pericia médico forense, desde que pisa Buenos Aires se siente inferiorizado y temeroso frente a la carencia, entre otras cosas, del símbolo protector del patrón que le permita continuar su vida en la dependencia, a la que está tan acostumbrado como los personajes de la caverna platónica.

En el nuevo ambiente deambulará de trabajo en trabajo, a cual más pesado, como producto de su "ineptitud", hasta que finalmente recalca en el puesto que le ofrece Latuada, con sus secuencias de miserabilidad material y moral.

Es un doloroso proceso de transculturización de costumbres, conductas y normas del que Víctor no saldrá indemne. Las pautas que han calado profundamente en él desde el tiempo de su infancia y conforman su estructura psíquica y social chocarán con las pautas que reinan y están en vigencia en la gran ciudad. Son procesos de transculturización que alguna vez deberán ser tenidos en cuenta en forma definitiva en los Tribunales. A través de ellos será posible advertir nuevas razones de inimputabilidad penal más allá de aquellas ya conocidas de carácter psiquiátrico-psicológico que la filosofía punitiva acepta en nuestro Código Penal y en la doctrina judicial.

Víctor es un hombre de una simpleza total y,

pese a su hiperemotividad, en el diálogo que mantiene conmigo no hace más que ampliar los márgenes de su historia, pero sigue sosteniendo sustancialmente lo mismo que declaró ante la policía, ante la justicia y ante los médicos legistas y forenses con referencia al homicidio. Pero, al margen del conflicto espiritual que lo aniquilaba, ¿el homicidio le pertenece exclusivamente y sólo a él? ¿Solamente a él se le debe atribuir?

La actitud y conducta de Latuada es típicamente victimal. ¿Hasta qué punto coadyuvó la víctima de modo inconsciente en la configuración del delito? Esta dinámica delictual aparentemente simple que entrelaza a dos personas que se conocen durante muchos años y traban una relación de tanto conflicto debería ser objeto de un análisis simbiótico elocuente. Me limito a centrar su objeto en la siguiente cuestión: ¿Hasta qué punto Latuada, con su accionar cruel y abusivo, no fue estimulando inconscientemente su propio asesinato? Y, aun en el plano consciente, ¿nunca se figuró que Víctor podía alguna vez perder el control y reaccionar de un modo que él no previera?

Cierto es que la personalidad de Víctor, sosegada, pacífica y sufrida, es de aquellas que aparentemente no preanuncian arrebatos o violencias. Pero sería imposible soslayar que estuvo sometido a diecisiete años de sobrecarga psíquica y moral diaria

y continua, de tempestuosas órdenes, insultos, vituperios y a un trabajo inmoral y asqueante. Su reacción "en cortocircuito" aparece potenciada por la acumulación de odios, represiones, depresiones y resentimientos. La alteración del estado de conciencia no debería invalidar (sino más bien ampliar), para la justicia, la búsqueda de otros elementos fundamentales ligados al caso a través de un enfoque interdisciplinario.

Víctor descarga un caudal de elementos instintivos que no parecen haberle dejado otra opción. Paralelamente, no cabe duda de que la actitud de la víctima ha sido coadyuvante, cooperativa a tan funesto designio. Latuada jugó un papel decisivo con su conducta provocadora e inconscientemente desafiante de los sentimientos de honor y dignidad que aún restaban en su empleado, pese al agobio cotidiano que regía la relación entre ambos. ¿Podía ignorar Latuada que es imposible suprimir la totalidad de conciencia moral en el ser humano, incluso en la situación más terrible de sometimiento? Y nuevamente la acuciosa pregunta: ¿Latuada excluyó la posibilidad de toda agresión o navegaba inconscientemente en ella?

Quizás advirtiera lo extremadamente fácil que resultaba manejar a su empleado y cómo aceptaba éste las reglas inhumanas que se le imponían, con una credulidad y una falta de resistencia abruma-

doras. Y así, quizá, Latuada fuera avanzando sobre la personalidad de su empleado (que seguía creyendo no sólo en la promesa de recibir una casa sino en la figura del patrón como ser superior a él) para aprovecharse sumiéndolo en la abyección y regodeándose en ello. La víctima entró en un juego macabro y allí definió su característica victimal provocadora.*

Su conducta lo autoriza a llevar cada día más allá los gestos de agresividad y tiranía hasta alcanzar límites indecibles, humillando a Víctor ante sus propios ojos y los de su familia, a la cual también usará Latuada luego como forma de presión. Prohíbe el ingreso de la mujer de Víctor al habitáculo asignado a su empleado (esa "cocinita" que figura fotografiada en el expediente penal junto a los grandes "tachos" en que debía lavar la carne). Impone variaciones periódicas de brutalidad en el trabajo de su empleado, amenazándolo con el despido o el descuento de parte de su sueldo, coqueteando también con la promesa de la casita que iba a obsequiarle en reconocimiento. Y Víctor lo acepta todo, porque para su concepción monolítica: "el patrón nunca miente".

Seguramente Latuada sabía —era un hombre pendenciero con múltiples pasos por la policía y la

* La actitud victimal es exactamente lo contrario de la actitud criminal y ambas suelen complementarse. (N. del E.)

justicia— que Víctor le tenía pánico. Por eso, en momentos álgidos, amenazaba ultimarle a la familia con el arma que guardaba en la guantera de su automóvil y que tantas veces le mostró.

Víctor se sentía sin derecho a replicar a los excesos del patrón, como si por algún motivo debiera pagar una culpa indeleble que le tocaba en forma de fatalidad.

La víctima no podía haber ignorado el trabajo aberrante que le hacía realizar a su empleado. Él mismo le enseñó el procedimiento para vender carne podrida, luego de trozarla, de separar los distintos cortes, de lavarlos con lavandina y pimentarlos; él le enseñó a trabajar "con la heladera" y tenía activa participación en todo el proceso. Sólo le importaba lo que redituase diariamente el negocio; mostraba total desentendimiento por los efectos que podrían tener tanto sus órdenes como el hecho de vender carne podrida, circunstancia ésta que corroía moralmente a Víctor.

La crueldad sostenida conduce a una pérdida progresiva de la comunicación verbal. Víctor se animaliza: casi no habla con nadie. Esa vivencia de frustración y soledad se suma a la falta de configuración de un futuro tan siquiera mediato.

Separado de la familia, vigilado constantemente, hambreado, lastimado, con infinita tristeza, Víctor lleva el dinero de cada jornada abyecta a la casa

del patrón. Se encuentra hundido en una situación agobiante, sin la menor alternativa de salida del cada vez más estrecho encierro. ¿Hasta cuándo podía durar ese juego macabro? ¿Hasta qué punto contribuyó Latuada inconscientemente a generar la reacción descontrolada de su empleado? “El patrón se hizo matar”, dirá Víctor finalmente y con expresión tan patética que parece enunciar una suerte de suicidio por la mano del otro.

De antiguo se ha estudiado el homicidio que parece surgir de la intensidad de los deseos de muerte de la víctima, que coexisten con las emociones al servicio de la vida. De la misma manera conviven el amor y el odio dentro del psiquismo. El homicidio, pese a la natural —casi elemental— resistencia del ser humano a admitirlo, es una alternativa para la humanidad desde el luctuoso episodio en que Caín, cegado por los celos, derrama la sangre de su hermano en la tierra. Y así se ha ido desarrollando la historia hasta nuestros días: la reacción homicida tiene su raíz en las emociones humanas. El hombre es más capaz de matar de lo que se imagina.

En casos como el analizado habría que recordar aquello que no sin cierta ironía expresaba Thomas de Quincey en *El asesinato considerado como una de las bellas artes*: “Muchas veces la víctima desea ser asesinada”. Idea similar, aunque enunciada con mayor sutileza, puede hallarse en la obra del poeta

libanés Khalil Gibran: “El asesinado no es irresponsable de su propio asesinato”. Y, a su vez, García Márquez en *Crónica de una muerte anunciada* varias veces enfrenta a su personaje Santiago Nasar con su propia muerte y muestra a una buena cantidad de circunstantes y mirones contribuir, con su indiscifrable silencio, al crimen que ni siquiera los victimarios comprenden ni desean que ocurra.

La cuestión se centra en un análisis singular de la dinámica de los hechos donde invariablemente se combinan actitudes irracionales. Pero no cabe duda de que Latuada tenía inconscientemente una suerte de predisposición para ser víctima, me atrevería a decir que su comportamiento delata una seducción en que aflora, por sobre el de la vida, un verdadero instinto de muerte (el mismo que mencionaba Albert Camus). A través de años promueve y provoca a Víctor hasta hacerlo perder su estupefaciente inhibición. Pone inconscientemente en marcha los engranajes de un mecanismo inexorable cuyos resultados son fatales.

Víctor Saldívar fue acusado por el Fiscal y el querellante en Primera Instancia como autor del delito de homicidio simple. Solicitaron la imposición de una pena de dieciocho años de prisión. En definitiva, la Cámara Nacional de Apelaciones en lo Penal, el 9 de junio de 1987, lo condenó a dos años de prisión en suspenso por homicidio en estado de emoción violenta. No lo he vuelto a ver ni he tenido noticias de él.

El autor.

Este es un hecho real, atroz e impresionante, ocurrido en pleno corazón urbano de Buenos Aires. Un hachero santiagueño llegó a la capital con el deseo de progresar. Con la carga ritual que la marginación, el hambre y la ignorancia le imponían, buscó con denuedo un patrón que lo acogiera y lo protegiera. Encontró, en cambio, a un siniestro personaje, dueño de una cadena de carnicerías, que lo sumergió en una verdadera esclavitud. ¿Hasta dónde es posible explotar a un hombre? La abrumadora crueldad del patrón desembocó inevitablemente en el crimen. Elías Neuman ha recogido y desgrabado con cruda fidelidad el patético testimonio del protagonista. Es un documento espeluznante, digno de Dickens, Zola o Dostoievsky. Sucedió en la Argentina en 1985.



46.081
I.S.B.N.: 950.04.0795-7